SALVADOR BORREGO E.

Derrota Mundial

— Origenes ocultos de la II Guerra Mundial
— Desarrollo de la Guerra
— Consecuencias actuales de la Guerra

44ª Edición

MEXICO, 2003

1ª	Edición	diciembre	de 1953	23a	Edición	noviembre	de 1976
2ª	"	marzo	de 1955	24a	"	noviembre	de 1977
3a	〃	diciembre	de 1956	25a	a	enero	de 1978
4a	ii	octubre	de 1957	26a	,,	marzo	de 1978
5ª	"	enero	de 1959	27a	,,	marzo	de 1979
6a	〃	julio	de 1959	28a	〃	octubre	de 1979
7a	〃	abril	de 1960	29a	〃	julio	de 1980
8a	〃	noviembre	de 1960	30a	〃	septiembre	de 1981
9a	〃	marzo	de 1961	31a	ii	junio	de 1983
loa	u	septiembre	de 1961	32a	,,	enero	de 1984
11a	〃	marzo	de 1962	33a	,,	agosto	de 1985
12a	ii	enero	de 1963	34a	,,	enero	de 1986
13a	1,	octubre	de 1963	35a	,,	abril	de 1987
14a	,,	julio	de 1964	36a	,,	abril	de 1988
15a	〃	abril	de 1965	37a	,,	marzo	de 1990
16a	,,	febrero	de 1966	38a	,,	julio	de 1993
17a	ii	diciembre	de 1966	39a	,,	enero	de 1996
18a	ii	junio	de 1968	40a	〃	enero	de 1998
19a	〃	mayo	de 1970	41a	if	junio	de 1999
20a	,,	mayo	de 1972	42a	,,	noviembre	del 2000
2P	,,	agosto	de 1973	43a	,,	marzo	del 2002
22a	,,	abril	de 1975	44'	〃	marzo	del 2003

Registro Número: 18438 del 15 de mayo de 1954

Nuevo Regsitro: 7751-86

PEDIDOS:

A. Badillo, Apartado Postal 61-088,
México 6, D.F.
Tel/Fax: 55 46 34 65
rosaura.tapia@hotmail.com

Prólogo a la Segunda Edición

La obra de Salvador Borrego E., que hoy alcanza su segunda edición, es una de las más importantes que se hayan publicado en América. Causa satisfacción que un mexicano de la nueva generación, haya sido capaz de juzgar con tanto acierto los sucesos que conocemos bajo el nombre de la Segunda Guerra Mundial.

Colocados nosotros del lado de los enemigos del poderío alemán, es natural que todas nuestras ideas se encuentren teñidas con el color de la propaganda aliada. Las guerras modernas se desarrollan tanto en el frente de combate como en las páginas de la imprenta. La propaganda es una arma poderosa, a veces decisiva para engañar la opinión mundial. Ya desde la primera guerra europea, se vio la audacia para mentir, que pusieron en práctica agencias y diarios que disfrutaban de reputación aparentemente intachable. La mentira, sin embargo, logró su objeto. Poblaciones enteras de naciones que debieron ser neutrales, se vieron arrastradas a participar en el conflic-ro, movidas por sentimientos fundados en informaciones que después se supo, habían sido deliberadamente fabricadas por el bando que controlaba las comunicaciones mundiales.

Y menos mal que necesidades geográficas o políticas nos hayan llevado a participar en conflictos que son ajenos a nuestro destino histórico; lo peor es que nos dejemos convencer por e! engaño. Enhorabuena que hayamos tenido que afiliarnos con el bando que estaba más cerca de nosotros; lo malo es que haya sido tan numerosa, entre nosotros, la casta de los entusiastas de la mentira. Desventurado es el espectáculo que todavía siguen dando algunos "intelectuales" nuestros, cuando hablan de la defensa de la democracia, al mismo tiempo que no pueden borrar de sus frentes la marca infamante de haber servido dictaduras vernáculas que hacen gala de burlar sistemáticamente el sufragio. Olvidemos a estos seudo-revolucionarios, que no son otra cosa que logreros de una Revolución que han contribuido a deshonrar, y procuremos despejar el ánimo de aquellos que de buena fe se mantienen engañados.

"Durante seis años, dice Borrego, el mundo creyó luchar por la bandera de libertad y democracia que los países aliados enarbolaron a nombre de Polonia. Pero al consumarse la victoria, países enteros,

incluyendo Polonia misma, perdieron su soberanía bajo el conjuro inexplicable de una victoria cuyo desastre muy pocos alcanzaron a prever".

La primera edición del libro de Borrego se publicó hace dos años escasos y en tan corto tiempo, el curso de los sucesos ha confirmado sus predicciones, ha multiplicado los males que tan valientemente descubriera

Ya no es sólo Polonia; media docena de naciones europeas que fueron otros tantos florones de la cultura cristiana occidental, se encuentran aplastadas por la bota soviética, se hallan en estado de "desintegración definitiva".

Y el monstruo anti-cristiano sigue avanzando. Detrás de la sonrisa de Mendes-France, siempre victorioso, dicen sus secuaces; detrás de esa enigmática sonrisa, seis millones de católicos del Vietnam, fruto precioso de un siglo de labor misionera francesa, han caído dentro de la órbita de esclavitud y de tortura que los marxistas dedican a las poblaciones cristianas.

El caso contemporáneo tiene antecedentes en las invasiones asiáticas de un Gengis-Kan, que esclavizaba naciones; tiene antecedentes en las conquistas de Solimán, que degollaba cristianos dentro de los templos mismos que habían levantado para su fe. El conflicto de la hora es otro de los momentos angustiosos y cruciales de la lucha perenne que tiene que librar el cristianismo para subsistir.

En el libro de Borrego, penetrante y analítico, al mismo tiempo que iluminado y profético, se revelan los pormenores de la conjura tremenda.

La difusión del libro de Borrego es del más alto interés patriótico en todos los pueblos de habla española. Herederos, nosotros, de la epopeya de la Reconquista que salvó el cristianismo de la invasión de los moros, y de la Contra-Reforma encabezada por Felipe II, que salvó el catolicismo de la peligrosa conjuración de luteranos y calvinistas, nadie está más obligado que nosotros a desenmascarar a los hipócritas y a contener el avance de los perversos. La lucha ha de costarnos penalidades sin cuento. Ningún pueblo puede escapar en el día, a las exigencias de la historia, que son de acción y de sacrificio.

La comodidad es anhelo de siempre, jamás realizado. La lucha entre los hombres ha de seguir indefinida y periódicamente implacable, hasta en tanto se acerque el fin de los tiempos, según advierte la profecía.

JOSE VASCONCELOS

Febrero de 1955

Introducción

Es una neutra remembranza volver la mirada a los días extraordinarios de la segunda guerra mundial únicamente con el prolijo escrúpulo de citar fechas y relatar sucesos. Es un lujo de ociosidad volver la mirada al pasado sin el empeño de obtener luces para el presente. Pero conociendo mejor el origen de lo que ocurrió y de lo que ahora ocurre, más podrá preverse lo que está por ocurrir. Sin esta función específica toda aportación a la historia —y aun la Historia misma—se reducirían a simple curiosidad ó pasatiempo.

Es un hecho que aún no silenciado del todo el fuego que durante seis años mantuvo vivo ese siniestro organismo de muerte que fue la segunda guerra mundial, el mundo se halló súbitamente en el umbral de otra guerra más destructora e incierta. Durante seis años la humanidad se creyó luchando por la paz definitiva, mas los acordes de su victoria fueron ensombrecidos por la amenaza de un cataclismo todavía mayor.

Durante seis años el mundo creyó luchar por la bandera de libertad y democracia que los países aliados, enarbolaron a nombre de Polonia. Pero al consumarse la "victoria", países enteros —incluyendo Polonia misma— perdieron. su soberanía bajo el conjuro inexplicable de una VICTORIA cuyo desastre muy pocos alcanzaron a prever.

Un asombroso y súbito resultado, después de seis años de aparente lucha por la libertád y la democracia y la paz definitiva, sorprendió al mundo: ya no era la libertad de los polacos —libertad perdida totalmente, pese a la "VICTORIA"— la que se halla en riesgo, sino la libertad del mundo entero; ya no era simplemente la conquista de mercados entre las grandes potencias la que se balanceaba en juego, sino el destino del pueblo norteamericano, y en cierta forma el de América; el destino de Alemania y la Gran Bretaña, y así el de Europa entera también.

En los orígenes del conflicto armado que empezó la madrugada del primero de septiembre de 1939 palpitaron ya los gérmenes de lo que ahora ocurre y de lo que está por venir. En lo acontecido entonces se filtran ya las sombras de lo que el futuro nos reserva. En el reverbero de la segunda guerra mundial hay relámpagos que alumbran los decenios y quizá los siglos por llegar.

Mucho se ha hablado de la guerra. Un mar de datos casi inagotables abruman y abrumarán por mucho tiempo a los historiadores. La mayor parte de estos datos son jeroglíficos; incluso los hechos y las cifras, pese a lo concluyente de su calidad concreta, son frecuentemente apenas símbolos o frontispicio de realidades más profundas.

Querer entender esta guerra y el monstruoso engaño que el mundo sufrió con ella, viendo simplemente ese mar de datos, es lo mismo que contemplar, clasificar o relatar apariencias de inscripciones cuneiformes y suponer que ya con esto se CONOCIO la civilización sumerja. Entre los símbolos y su significación media un abismo.

Y en el caso concreto de la guerra pasada este abismo se ha hecho más oscuro porque los adelantos que la técnica ha puesto al servicio de la difusión del pensamiento —radiogramas, cablegramas, libros, películas, folletos, etc.— tienen su anverso positivo de orientación y su reverso negativo de confusión, según el sentido en que se les utilice. En la guerra y después de ella se les ha utilizado para confundir.

Un diluvio de crónicas con dosificada intención de libros aparentemente históricos, de radiodifusiones y de películas bajo la influencia intangible de los mismos ocultos inspiradores, oscurecen situaciones, infiltran deformaciones. Nada tiene así de extraño que aun los espíritus más serenos, objetivos e imparciales —para no hablar de masas carentes de opinión propia— lleguen a conclusiones erróneas.

Por eso muchas conciencias firmes han hecho insensiblemente suya la forma ajena y capciosa de plantear el problema internacional de la segunda guerra. Una vez dado ese primer paso en falso, los siguientes son erróneos también, y por eso es tan frecuente que hombres de profunda comprensión y sólido criterio confiesen ahora su desconcierto ante los sucesos internacionales.

Un nuevo examen de lo que ocurrió, y por qué ocurrió, puede aclarar los sucesos presentes y ayudar a prever los futuros.

El monstruoso engaño que el mundo padeció al inmolar millones de vidas y al consumir en fuego esfuerzos inconmensurables, para luego quedar en situación incomparablemente peor que la anterior, no es obra del azar. Si el resultado sólo fuera desorden quizá nada habría de sospechoso. Pero en la bancarrota que el mundo occidental afronta ahora se oculta un admirable tejido de acontecimientos. Dentro del aparente desorden hay un eslabonamiento admirable de hechos que obedecen a un mismo impulso y que marchan hacia una misma meta.

Detrás de todo esto hay una inteligencia y una fuerza. La situación actual no es el resultado fortuito del desorden, sino la notable culminación de una serie de actos que se enlazan siguiendo una secuencia y un camino. Occidente se halla de pronto en el momento

más comprometido de su historia, pero su desgracia no ha descendido de accidentales sucesos. Ha sido labrada minuciosa y escrupulosamente.

Examinando los orígenes y el desarrollo de la segunda guerra surgen luces que explican el presente. Tal es el objeto de este libro.

Muchos de los que vieron desaparecer las falanges macedónicas; de los que presenciaron la caída de Alejandro, el asesinato de César, la capitulación de Napoleón, creían asistir a acontecimientos comunes y corrientes, pero estaban presenciando los fulgores que enciende cada zig-zag de la historia.

Lo que ahora tenemos a la vista es algo más que el fulgor de un simple cambio; es el incendio inconmensurable de una cultura que casi sin saber por qué presiente las pisadas de un peligro mortal.

Dipl. Ing. OTTO SKORZENY

MADRID,
Montera, 25-27, 4.-4
Teléfono: 32-03-17
Telegr: Rolfos

2-abril-1958

Sk/gh

Sr. D. Salvador Borrego

Muy señor mío:

Lamento mucho haber perdido la dirección de Ud., que su Señora ha tenido la bondad de darme entonces.

Como un amigo mío, desconocido a mí, Sr. D. A. Badillo, me ha enviado el libro le Ud., quisiera aprovechar la oportunidad para expresar a Ud. en el nombre de los participantes en la guerra mi agradecimiento.

Con el libro "Derrota Mundial", Ud. ha creado una obra, que contribuirá mucho a la historiografía futura y definitiva sobre la última guerra. Se ha aplicado Ud. de estudiar un material inumerable y ha sacado Ud., en mi opinión, de todo este material, que estaba a su disposición, las conclusiones correctas.

De todos modos, es Ud. el primero en publicar ciertos hechos, y creo que el público se le agradecerá. Aunque se trate a menudo de hechos pequeños y insignificantes, estos hechos son en su totalidad de gran importancia para el juicio de los acontecimientos.

Creo que la historiografía definitiva, la que siempre se realizara de manera objectiva después de unas décadas después de los acontecimientos, no podrá pasar y no pasará por su libro.

Aprovecho la oportunidad para saludarle muy atentamente y quedo Ud. afmo. Y s.s.

Coronel. ,Waffen SS.

CAPITULO 1

Aurora Roja
(1848-1919)

69 Míos de Lucha Incansable.

Los dos Elementos que Formaron el Bolchevismo.

Alemania, Meta Inmediata del Marxismo. Paréntesis de Guerra.

Factor Secreto en la Derrota Alemana.

69 AÑOS DE LUCHA INCANSABLE

En la segunda mitad del siglo pasado los umbríos bosques y las extremosas estepas de Rusia guardaban ya tan celosamente como ahora la enigmática mística del alma rusa. Fuera de sus fronteras sólo unas cuantas mentes, moduladas para escuchar el paso de los siglos por llegar, lograban entrever algo.

Entre esas pocas mentes que sobre el hombro de una época vislumbraban destellos del futuro político, Nietzsche preveía en 1886: "Es

> en Francia donde la voluntad está más enferma. La fuerza de voluntad está más acentuada en Alemania y en Inglaterra y en España y Córcega por las duras cabezas de sus habitantes, pero está más desarrollada en Rusia, donde la fuerza del querer por largo tiempo acumulada espera la ocasión de descargarse, no se sabe si en afirmaciones o en negaciones. Yo desearía que la amenaza rusa creciera para que Europa se pusiera en defensa y se uniera en una voluntad duradera y terrible para fijarse una meta de milenios. Pasó el tiempo de la política menuda: el próximo siglo nos promete la lucha por el dominio del mundo".(1)

En ese entonces Rusia se debatía en sangrienta turbulencia, que una extraña mezcla de nihilistas y revolucionarios marxistas trataban

(1) "Más Allá del Bien y del Mar—Federico Nietzsche.

de encauzar mediante un secreto Comité Ejecutivo. La espina dorsal de ese audaz movimiento la formaban esforzados e inteligentes israelitas, miembros de comunidades que a través de muchas generaciones habían soportado severos sufrimientos en el duro ambiente de Rusia.

Desde los primeros años de nuesi-ra Era ya se habían instalado emigrantes judíos en los territorios que siglos más tarde formarían parte de la Rusia meridional. Dolorosas vicisitudes vivieron desde entonces, pero jamás perdieron su cohesión racial. En 1648 los cosacos se lanzaron furiosamente contra ellos y después de sangrientos choques prohibieron que en Ucrania radicaran comunidades israelitas. En general la población era hostil a huéspedes tan reacios a la fusión de sangre y de costumbres.

Pero las tierras rusas, prometedoras de esplendoroso futuro gracias a sus inexploradas riquezas y enorme extensión, seguían atrayendo incesantemente a comunidades judías emigradas de la Europa occidental. La emperatriz Elisabetha Petrovna se alarmó ante ese fenómeno y en 1743 se negó a admitir más inmigrantes. Sin embargo, cincuenta años más tarde la anexión de territorios polacos convirtió a millares de judíos en súbditos de Rusia.

En esa forma las comunidades israelitas aumentaron considerablemente, no sin sufrir hostilidades y persecuciones, tal como les había ocurrido a sus ancestros en todos !os tiempos y en todos los pueblos. El zar Alejandro 1 (que gobernó de 1801 a 1825) trató con benevolencia a la población judía y sufrió un completo fracaso al pretender que se asimilara a la población rusa.

El siguiente zar, Nicolás 1 (1825-1855) se impacientó ante la renuencia de las comunidades israelitas a fusionarse con la población rusa y redujo sus derechos cívicos, además de que les hizo extensivo el servicio militar obligatorio que ya regía en el Imperio. Esto causó trastornos y descontento entre los judíos, pero una vez más lograron conservar sus vínculos raciales y sus milenarias costumbres.

Al subir al trono Alejandro 11 (1855) la situación de los israelitas volvió a mejorar y no tardaron en prosperar en el comercio, la literatura y el periodismo; varios diarios judíos se publicaron en San Petersburgo y Odesa. Precisamente en ese entonces —girando alrededor de la doctrina comunista delineada en 1848 por los israelitas Marx y Engels—, se vigorizó en Rusia la agitación revolucionaria. En 1880 los israelitas Leo Deutsch, P. Axelrod y Vera Zasulich, y el ruso Plejanov, formaron la primera organización comunista rusa. Y un año después varios conspiradores, encabezados por el judío Vera Fignez, asesinaron al zar Alejandro II. El hijo de éste, Alejandro 111, tuvo la creencia de que las concesiones hechas por su padre habían sido pa-

gadas con ingratitud y sangre; en consecuencia, expulsó a los judíos de San Petersburgo,, de Moscú y de otras ciudades, y les redujo más aún sus derechos cívicos. Los crecientes desórdenes y atentados los atribuyó a la influencia de ideas extrañas al pueblo ruso y ordenó enfatizar el nacionalismo y reprimir las actividades políticas de los intelectuales hebreos.

La inteligente población israelita se mantuvo estrechamente unida en esos años de peligro. Sufrida, inflexible en sus creencias, celosa de la pureza de su sangre, ya estaba ancestralmente acostumbrada a sobreponerse a las hostilidades que su peculiar idiosincrasia provocaba al entrar en conflicto con las ajenas. Ya antes había demostrado con arte magistral que a la larga sabía aprovechar en beneficio de su causa las reacciones desfavorables con que tropezaba en su camino. Es esta habilidad una de sus creaciones más originales y con ella ha demostrado que ningún pueblo está verdaderamente vencido mientras su espíritu se mantenga indómito.

Lo mismo que le había ocurrido en otros países, esa raza vio cómo miles de sus hijos —emigrados a las tierras rusas, prometedoras de esplendoroso futuro debido a sus inexplotadas riquezas y enorme extensión— chocaban con el brusco carácter del pueblo ruso y eran luego objeto de hostilidades y persecuciones. El régimen de Alejandro III fue duro con sus huéspedes. Y éstos se protegieron mimetizándose con las nacionalidades de los más variados países de donde procedían, aunque en el fondo seguían siendo una misma raza, una sola religión y un mismo espíritu.

El mismo año en que fue asesinado el zar Alejandro II (1881), el ministro zarista Pobodonosteff calculó en seis millones el número de judíos residentes en Rusia y proyectó una acción enérgica para convertirlos forzosamente al cristianismo y expulsar por lo menos a dos millones de ellos. Aunque su plan no llegó a practicarse, hubo muchos detenidos y numerosos exiliados. A estos últimos los auxiliaban sus hermanos de raza radicados en Nueva York, tales como Jacobo Schiff, Félix Adler, Emma Lazarus, Joseph Seligman, Henry Rice y otros muchos, según refiere el rabino Stephen Wise en su libro "Años de Lucha". (Algunos de ellos eran prominentes banqueros).

La población judía de Rusia era ya tan importante que el israelita James Parkes afirma: "En lo cultural y en lo religioso, puede decirse que el país de Israel se había transportado a Europa oriental. Los judíos representaban la décima parte de la población. La gran mayoría de los gentiles eran campesinos que habitaban aldeas donde no había judíos, salvo tal vez un hotelero y un comerciante. Los judíos habitaban en pueblos y ciudades. En los primeros

constituían a veces el 95% de la población y en las segundas más del 50%".(I)

La situación se hizo todavía más tirante para los israelitas y sus compañeros rusos revolucionarios cuando Alejandro Ilitch Ulianov, hijo de la judía Blank, falló en su intento de asesinar al zar Alejandro III. Ulianov fue detenido y luego ahorcado junto con cuatro de sus cómplices. Pero su hermano Vladimir guardó para sí el odio que alentaba contra el régimen y sorteó esa época de peligro portándose como estudiante disciplinado y pacífico. (Más tarde se convertía en jefe revolucionario, bajo el nombre de Lenin, en el reivindicador de las minorías israelitas y en el creador de un nuevo régimen).

Por el momento, él y toda la población hebrea pasaron en Rusia años sombríos y difíciles, mas acrecentaron sus fuerzas en el infortunio y vigorizaron sus creencias ante la hostilidad. Por supuesto, no olvidaron su meta revolucionaria, que el rabino Caleb había esbozado así en la tumba de Simeón Ben Jhuda, en Praga: "Conviene que,

en la medida de lo posible, nos ocupemos del proletariado y lo sometamos a aquellos que manejan el dinero. Con este medio levantaremos a las masas... Las empujaremos a las agitaciones, a las revoluciones, y cada una de estas catástrofes significará un gran paso para nuestras finalidades".

A la muerte de Alejandro III, en 1894, subió al trono Nicolás II. De tendencias moderadas y escuchando las quejas de los israelitas, ordenó suavizar el trato que se les daba. Ya para entonces el antisemitismo había cundido tanto en la masa del pueblo que no era fácil extirparlo del todo. De origen ruso es la palabra "progrom", nombre que se dio a los cruentos movimientos populares contra los judíos. De todas maneras, los israelitas disfrutaron de más garantías y libertades.

Por ese entonces corrosivas fórmulas ideológicas —no nacidas en Rusia— volvieron a propagarse con renovado impulso para agitar a las masas rusas. Una vez más iba a manifestarse en la historia el gigantesco poder de una idea cuando se la utiliza en el terreno propicio y del modo adecuado. Esa idea era una mezcla de nihilismo y de marxismo que inquietaba aún más a los proletarios.

Hablando de esa época, el historiador judío Simón Dubnow dice que "el mismo año en que se fundó en Basilea la Organización Sionista, formóse en Wilno una asociación socialista secreta denominada Bund (1897). Desarrolló el Bund una propaganda revolucionaria entre las masas judías en su lengua, el yidich, lo cual constituyó, en un principio, el único síntoma nacional de ese partido... Ade-

(1) Contribución del Gheto Europeo.—Por el Dr. James Parkes. Tribuna Israelita, marzo de 1956.

más del Bund nacieron partidos mixtos de sionistas y socialistas los Polae Sión y los Sionistas Socialistas. Estos partidos libraron una lucha abierta contra el gobierno ruso, particularmente en la revolución de 1905. Los revolucionarios israelitas participaron asimismo en los partidos socialistas rusos, en las manifestaciones estudiantiles, en las huelgas obreras y en los actos terroristas contra los gobernantes".(1)

La renovada agitación degeneró en graves disturbios obreros en 1899. El Partido Social Revolucionario tenía una sección terrorista a cargo del sagaz judío Gershuni, cuyos agentes mataron al ministro ruso Sipyagin, al gobernador Bogdanovich, al premier Plehve, al gran duque Sergey y al general Dubrassov. El zar Nicolás II pensó que había dado un paso en falso al suavizar el trato para los israelitas y restableció algunas de las limitaciones que años antes les levantara. Numerosos propaladores del marxismo, entre ellos el judío León Davidovich Bronstein (posteriormente conocido como León Trotsky) fueron deportados a Siberia. (Trotsky estaba casado con una hija del financiero judío Giovotovsky).

Las turbulencias parecieron amainar. Incluso surgió una escisión entre los mismos agitadores; no en cuanto a su meta, sino en cuanto a la mayor o menor impetuosidad para alcanzarla. No era que unos hebreos se lanzaran contra otros, sino que diferían de opinión respecto a la táctica de lucha. Así surgieron los bolcheviques (los del programa máximo) y los mencheviques (los del programa mínimo). Vladirnir Ilitch (Lenin) se hizo líder de los primeros.

Aunque la severa represión oficial alcanzó a muchos agitadores judíos que se movían entre los trabajadores, dejó intacta la estructura secreta que gestaba la revolución. Creyendo haber sido ya suficientemente severo, o buscando una transacción con ellos, en 1904 el régimen suavizó su política hacia los israelitas. Pero éstos inmediatamente reforzaron su actividad revolucionaria y en 1 905 organizaron motines más grandes que los anteriores. Entonces el zar Nicolás II se alarmó e hizo nuevas concesiones al conglomerado judío, pensando tal vez que así se restablecería el orden.

Con esto el marxismo cobró mayor brío. Inútilmente los zares habían querido evitar la agitación reprimiendo a los que directamente alentaban el descontento popular nacido inicialmente de la miseria, pero sin anular a los ocultos conspiradores, que eran los que dirigían todo el movimiento para subvertir el orden. Además, poco hacía el régimen por aliviar la miseria misma y por destruir la forma capciosa y oropelesca en que explotaban esta circunstancia los agitadores marxistas.

(1)' Manual de Historia Judía".—Simón Dubnow.—Editorial Judaica.

Ante la sútil técnica de la conspiración marxista los zares fueron incapaces de una acción coordinada y firme para liquidarla. Frecuentemente titubearon y en ocasiones llegaron a concebir el absurdo de que los brotes de desorden podrían conjurarse mediante concesiones. Pero resulta que hacer concesiones a un adversario que busca la victoria total es sólo facilitarle su camino.

Lenin y algunos de sus colaboradores emigraron para ponerse a salvo de las redadas de revolucionarios que de tiempo en tiempo hacía el régimen zarista. Por eso en 1908 los israelitas Apfelbaum Zinovief, Rosenfeld Kamenef (cuñado de Trotsky) y Lenin se reunieron en París a planear L'Ana nueva etapa de agitación: "No es un azar que hayan ingresado a las huestes revolucionarias rusas tantos israelitas —dice Pierre Charles en "La Vida de Lenin"—. Por lo pronto, si se hace abstracción de las masas rusas, poco propicias para el reclutamiento de políticos, hay que reconocer que el porcentaje de judíos en Rusia no era tan exiguo como se decía. Y además, ¿no era fatal que su febril actividad, contrastando con la población rusa, debía exagerar enormemente su papel en la revolución? Y su espíritu hereditariamente aguzado por el Talmud ¿no debía sentirse cómodo en las controversias de las escuelas socialistas? En fin, los sufrimientos que les endurecieron bajo el régimen zarista los acercaban a su sueño de palingenesia social". (Resurgimiento y hegemonía del pueblo judío).

Uno de los métodos con que los revolucionarios hebreos trataron de ponerse a cubierto de la represión oficial, fue tan sencillo como eficaz. En grupos más o menos numerosos se trasladaban a Estados Unidos, se nacionalizaban norteamericanos, regresaban a Rusia y hacían valer su nueva ciudadanía como hijos de una nación poderosa. En esto eran ayudados por la numerosa colonia israelita radicada en Norteamérica, que en aquel entonces casi llegaba a tres millones y que influía ya en los círculos financieros y políticos.

"En San Petersburgo —dice Henry Ford en El Judío Internacional— llegó a haber 30,000 judíos de los cuales sólo I ,500 se ostentaban como tales". Las autoridades rusas no tardaron en tratar de frustrar ese inusitado procedimiento de protección y esto dio origen a que numerosos órganos de la prensa americana protestaran contra la falta de respeto a las ciudadanías recién concedidas por los Estados Unidos. Con esa ejemplar hermandad que los israelitas practican desde uno al otro confín del mundo, "el 15 de febrero de 1911, estando Taft en el poder —agrega Henry Ford— los judíos Jacobo Schiff, Jacobo Furt, Luis Marshall, Adolfo Kraus y Enrique Goldfogle le pidieron que como represalia contra Rusia fuera denunciado el Tratado de Comercio".

Aunque en un principio Taft se rehusó, israelitas de todo el país en-

viaron cartas a senadores y diputados, gestionaron apoyo de gran parte de la prensa, pusieron en movimiento el Comité Judío Americano, a la Orden Blirit y a otras muchas, filiales o afines. El influyente político Wilson, que después llegó a ser Presidente de EE. UU., presionó resueltamente en favor de los judíos y durante un discurso en el Carnegie Hall afirmó: "El gobierno ruso, naturalmente, no espera que la cosa llegue al terreno de la acción, y en consecuencia, sigue actuando a su placer en esta materia, en la confianza de que nuestro gobierno no incluye seriamente a nuestros compañeros de ciudadanía judíos entre aquellos por cuyos derechos aboga: no se trata de que expresemos nuestra simpatía por nuestros compañeros de ciudadanía judíos, sino de que hagamos evidente nuestra identificación con ellos. Esta no es la causa de ellos; es la causa de Norteamérica".

Finalmente, el Tratado de Comercio suscrito ochenta años atrás, fue denunciado el 13 de diciembre de 1911. Por primera vez un zar —en ese entonces Nicolás II— sintió que los descendientes de aquellos israelitas que 50 años antes rehuían temerosos la violencia rusa, ya no estaban tan solos. Aunque la inmensa mayoría eran nacidos en las estepas, y aunque eran hijos y nietos de otros también nacidos allí, ni el medio ambiente ni la convivencia de siglos los hacían claudicar de sus metas políticas ni de sus costumbres. Tal parecía que conservando sin mezcla su sangre conservaban igualmente sin mezcla su espíritu.

Cierto que el Imperio Ruso era aún poderoso y que la lejana represalia de la denuncia del Tratado de Comercio americano no bastaba para revocar las limitaciones impuestas a los israelitas, mas sin embargo, constituía un incómodo incidente que en grado imponderable influyó para que se suavizara el trato oficial a los judíos. Y aunque ese mismo año de 1911 se estableció que los judíos no podían ser electos consejales, en la práctica se les trató con mayor consideración.

Entre tanto, el llamado Comité Ejecutivo seguía ocultamente propiciando la rebelión. Las series dé huelgas sangrientas que se iniciaron en 1905 adquirieron incontenible impulso en 1910 al estallar doscientos paros obreros. Tres años más tarde las huelgas se contaban por millares.

Se agitaba a las masas y su descontento iba siendo crecientemente aprovechado como instrumento revolucionario marxista.

En ese entonces el Imperio Ruso se hallaba ya tan minado que malamente podía afrontar una guerra internacional. Por eso fue tan insensato y hasta inexplicable que se lanzara a una aventura de esa índole en 1914, para apoyar a Servia en contra de Austria-Hungría. El

zar dio contraorden a fin de que no se realizara la movilización general y evitar el choque con Alemania, pero el Ministro de la Guerra, Sujofinov, y todo el Estado Mayor presionaron al zar y se consumó la movilización. Alemania apoyó entonces a su aliada Austria-Hungría y entró en guerra con Rusia.

No obstante que la patria rusa libraba entonces una lucha internacional, el movimiento revolucionario no cesó su propaganda para debilitar las instituciones. Además, aprovechó la anormalidad de la situación y proclamó que los obreros no tenían patria que defender, según la tesis marxista (comunista) de que la idea de patria debe extirparse de las nuevas generaciones.

El gobierno ruso consideró que los judíos influían poderosamente en esta oposición al régimen y ordenó nuevas medidas de coerción. Muchos que por nacimiento o naturalización ostentaban las más diversas nacionalidades, e incluso la rusa, se habían mezclado en el campo y en las fábricas y hacían cundir la agitación.

Poco después de iniciada la contienda, el diario ruso "Ruscoic Snamia" abogaba por las más severas represalias contra los israelitas, a quienes se les achacaban los desórdenes internos, y hasta llegó a alentar los "progroms". No obstante que el ambiente oficial era propicio a estos extremismos, el régimen no quiso complicar más la situación, prohibió el diario y mantuvo a raya el antisemitismo, aunque sin poder suprimirlo del todo.

En Suiza se encontraba entonces desterrado, iunto con otros jefes judíos del movimiento marxista, Vladimir Ilitch (Lenin) y desde allí dirigía la agitación en la retaguardia del ejército ruso que combatía contra Alemania. Sésenta y siete aFios después de que dos hebreos —Marx y Engels— habían dado a la publicidad por primera vez el manifiesto comunista, otros miembros de la misma raza luchaban denodadamente por materializarlo en realidad política.

Junto con los judíos Apfelbaum y Ronsenfeld (conocidos bajo los nombres rusos de Zinovief y Kamenef) Lenin alentaba desde el destierro a los revolucionarios para que contribuyeran a la derrota de Rusia en la guerra que sostenía contra Alemania y Austria. En su periódico "Social Demócrata" del 27 de julio de 1915 daba la siguiente consigna: "Los revolucionarios rusos deben contribuir prácticamente a la derrota de Rusia". Proclamaba que esto abriría el camino a la revolución.

Pierre Charles, biógrafo de Lenin, afirma que en ese entonces "Lenin se entregó en cuerpo y alma a su odio por todo patriotismo... Toda defensa de la Patria —decía— es chauvinismo".

Tanto fue así que los alemanes le permitieron pasar por Berlín para que se internara subrepticiamente en Rusia y aun le ayudaron económicamente ya que su labor debilitaba al ejército ruso. Así fue como

Lenin pudo llegar a San Petersburgo, donde un núcleo de 30,000 israelitas, acaudillados por Trotsky, habían organizado el cuartel general del movimiento marxista revolucionario. Y desde ahí hizo circular esta proclama:

"Es necesario, sin demora, educar al pueblo y al ejército en el sentido derrotista. Soldados, fraternizad en las trincheras con vuestros camaradas llamados 'enemigos' "!

Poco después Lenin celebraba secretos acuerdos con los jefes revolucionarios. Charles (1) refiere que asistían "Kamenef, hombre pequeño, de ojos vivaces bajo el lente; Zinovief, que se había cortado completamente el cabello ondulado de su gruesa cabeza; Ouritsky, delgado y nervioso, que más tarde aterrorizaría a Petrogrado durante algunas semanas; los tres eran de raza judía".

No tardaron en reunírseles Stalin y Trotsky.

La siembra marxista iniciada décadas atrás, halló en 1917 el clima más propicio para fructificar. La ya minada retaguardia del ejército, ruso se debilitó aún más y el desconcierto cundió hasta las líneas avanzadas del frente de guerra; la propaganda derrotista hallaba ciertamente coyunturas en la miseria y en las bajas causadas por la contienda. La promesa de que al triunfar la revolución se repartirían tierras a todos los proletarios fue tan halagadora "que las tropas querían dejar de pelear para llegar al reparto". Coordinadamente las doctrinas bolcheviques agitaban a los militares hablándoles de los derechos del soldado, según los cuales "los oficiales deberían ser nombrados por selección, de entre los soldados, y éstos podían discutir las órdenes de aquéllos". Desde ese momento quedó rota la disciplina, dice el Tte. Corl. Carlos R. Berzunza en su "Resumen Histórico de Rusia". Y así comenzó la última etapa del fin de la Casa Imperial Rusa. Tatiana Botkin (2) dice que acerca de la realeza y particularmente de la Emperatriz, circulaban versiones que indignaban al pueblo y alentaban al derrotismo. "Frecuentemente se encontraba uno con personas que se

habían formado un concepto completamente falso sobre la familia real. Entre nosotros sólo se propagaba !o malo y nadie sabía lo bueno que en realidad existió... No podía creer que los mismos soldados, soldados rusos, en el momento de una guerra de tal magnitud, se amotinaran y mataran a su comandante y ofendieran a la familia real... Así era, desgraciadamente. En las calles de Petrogrado sucedía algo increíble. Los soldados, borrachos, sin correas, con los capotes desabrochados, unos con rifles, otros desarmados, corrían como poseídos saqueando todas las tiendas".

(1) "Vida de Lenin".—Por Pierre Charles.

(2) "Vida, Martirio y Sacrificio de los Zares".—Por Tatiana Botkin, hija

del médico de la familia imperial.

El descrédito de la casa de los Romanof; la consigna leninista de que la derrota en el frente de guerra abriría el camino al triunfo de la revolución; las crecientes bajas y la miseria; la promesa de que un nuevo régimen daría tierras al proletariado; el relajamiento de la disciplina; las doctrinas de igualdad y supresión de las jerarquías, etc., convergieron por fin en el estallido de la revolución.

La mecha que encendiera el polvorín podía haber sido cualquier cosa. Como en el conocido fenómeno físico de la sobrefusión, cuando la mente de un pueblo llega a su tensión máxima basta el más insignificante incidente para producir el estallido.

Tatiana Botkin refiere así el principio del fin del imperio: "En Kronstadt —precisamente en las cercanías del cuartel general que los caudillos israelitas del marxismo habían formado secretamente en San Petersburgo— empezó la bestial matanza de oficiales. Una vez muertos, los cubrían con heno, los rociaban con petróleo y les prendían fuego. Metían en los ataúdes personas aún con vida junto a cadáveres, fusilaban a los padres a la vista de sus propios hijos, etc. En el frente, los soldados fraternizaban con los alemanes y retrocedían, a pesar de los enormes contingentes reunidos antes de la revolución... el sepelio de las víctimas de la revolución en Petrogrado, fue una mascarada. Los revolucionarios recogieron cuerpos de desconocidos, muertos de frío o por accidente, incluso unos chinos que habían fallecido de tifo, los colocaron en los ataúdes forrados de rojo, los trasladaron al 'Campo de Marte' y erigieron un gran túmulo". Esto alentaba la agitación y servía de bandera a los revolucionarios.

Por otra parte, en ningún momento los iniciadores del marxismo en Rusia carecieron de solidaridad y aliento de sus hermanos de raza en el extranjero. El 14 de febrero de 1916 se celebró en Nueva York un Congreso de las Organizaciones Revolucionarias Rusas, alentadas e inspiradas por inteligentes israelitas. El magnate judío-americano Jacobo Schiff era uno de los que costeaban los gastos de estos trabajos políticos; ayudaba particularmente a León Trolzky, también israelita. Otros banqueros judíos, tales como Kuhn Loeb, Félix Warburg, Otto Kahn, Mortimer Schiff y Olef Asxhberg, daban también su ayuda económica desde Nueva York.

Pese a todo lo que en apariencia hubiera de inexplicable en esas relaciones entre los marxistas revolucionarios de Rusia y los magnates israelitas de América, en el fondo regía la profunda solidaridad de la raza y el anhelo común de la reivindicación hebrea. Unos la buscaban con el instrumento que su compatriota Marx les había heredado en el Manifiesto Comunista de 1848 y otros la procuraban con el instrumento del oro y las finanzas. Dos distintos medios, pero un mismo fin. Y si el destino del mundo iba a jugarse en dos barajas de política inter-

nacional —el super capitalismo y el marxismo—, tener ases en ambas era asegurar el triunfo de la causa común, cualquiera que fuese el resultado de la gran lucha.

Los pacientes esfuerzos de los caudillos marxistas y de quienes los ayudaron desde el extranjero desembocaron el 7 de noviembre de 1917 en el estallido de la revolución comunista.

El zar fue detenido y entre las primeras rectificaciones políticas figuró la abolición de las restricciones jurídicas impuestas a los judíos. El camino a los puestos públicos quedó abierto para ellos. Toda tendencia política perjudicial al judaísmo fue declarada fuera de la ley por decretó de julio de 1918. Entre las tropas del general Budieny ocurrieron actos violentos contra los judíos y fueron severamente reprimidos. A ese respecto el escritor judío Salomón Resnick dice en su libro "5 Ensayos Sobre Temas Judíos": "Pronto sobrevino una vigorosa

> reacción contra tales desviaciones: 138 cosacos, entre ellos varios comandantes, fueron condenados a muerte y se impuso a todo saldado rojo la obligación de luchar contra el antisemitismo, esa herencia vergonzosa, criminal y sangrienta.

El jefe revolucionario Sverdlov, judío, ordenó que la familia de los Romanof fuera exterminada. Tatiana Botkin refiere así el final del Zar, de la Zarina, del Zarevich y de las princesas Olga, Tatiana, María y Anastasia: "En la prisión —casa de Ipatiev— de Ekaterimburgo, la familia

> real sufría mil vejaciones. La situación de todos empeoró al ser nombrado otro comisario, el judío Yurovsky. El trato de los guardias se convirtió en un verdadero martirio, que sus majestades soportaban con verdadera resignación cristiana. Por comida les daban las sobras de los guardias, quienes además escupían en los platos. Luego les servían la comida y se las arrebataban cuando empezaban a comer. En la noche del 3 de julio de 1918 fueron bárbaramente asesinados.
>
> "Cuando penetró Yurovsky con 12 soldados, de los cuales sólo dos eran rusos (los demás judíos y letones), Yurovsky se encaró con el emperador y le dijo: 'Usted se ha negado a aceptar la ayuda de sus familiares (en el extranjero) por lo que tengo que fusilarlo'. El emperador se persignó, abrazó a su hijo con toda serenidad y se arrodilló. La emperatriz hizo lo mismo. Sonaron unos disparos. Yurovsky disparó sobre el emperador; los soldados sobre los. demás. Dieron vuelta a los cadáveres y los asaetearon con las bayonetas. Después de esta carnicería los cadáveres fueron despojados de cuanto llevaban, arrojados a un camino y de ahí conducidos a un bosque cercano, donde fueron incinerados en dos hogueras: una de fuego y la otra de ácidos".

Inútilmente Nicolas II, lo mismo que su padre Alejandro III, y su

abuelo Alejandro II, se habían empeñado en reprimir a algunos de los

que promovían y capitalizaban el descontento de las masas, pero no supieron atraerse a éstas ni disolver la conjura. Sesenta y nueve años después de que Marx y Engels crearon su fórmula de agitación, sus descendientes raciales lograban que un gran imperio se viniera abajo. Era ése el primero de sus fabulosos triunfos.

Como no tardaron los rusos en darse cuenta de que habían sido engañados por los rojos, sobrevino una violenta contrarrevolución encabezada por los generales Anton Ivanovitch, Deniken, Kolchak, Wrangel y Yudenitch. Llegaron a arrebatarles a los rojos territorios con más de un millón de kilómetros cuadrados y se aproximaron amenazadora-mente a Leningrado y Moscú. Deniken esperaba ayuda de los gobiernos inglés y francés, pero no la obtuvo.

La opinión pública norteamericana simpatizaba con los rusos antibolcheviques y quería que se les ayudara, pero entonces toda la prensa influída por judíos se dedicó a "desinformar" al pueblo de Estados Unidos. Así, por ejemplo, Herbert Matthews, del "New York Times", cablegrafiaba desde Moscú (mayo 7 de 1918) que la revolución soviética no era propiamente comunista, que nada había que temer y que una encuesta "indica que Lenin, Trotsky, Stalin y otros son anticomunistas".(1)

Mientras tanto, los rusos anticomunistas no recibían ayuda, los bolcheviques recibían armas y dinero que les enviaban diversos magnates hebreos del extranjero, y finalmente fue vencida la contrarrevolución de Deniken.

El judío Alejandro Kerensky (originalmente apellidado Adler), que se había infiltrado en el gobierno del zar para ayudar secretamente al triunfo de los comunistas, emigró después al Occidente para presentarse como "anticomunista". Bajo ese disfraz mantuvo contacto con los rusos exiliados, auténticamente enemigos del comunismo, y fue un factor decisivo para dividirlos y neutralizarles sus esfuerzos. (Control de la acción y de la reacción).

LOS DOS ELEMENTOS QUE FORMARON EL BOLCHEVISMO

Es siempre costumbre que el triunfo tenga muchos autores, auténticos o no, y que en cambio todos rehuyan la paternidad de los fracasos; pero el triunfo de la revolución rusa es una de las excepciones de esa regla. Por lo menos hasta ahora sólo se ha atribuido fragmentaria y tenuemente a la comunidad israelita. Y esto no obstante la evidencia de que la base ideológica de la revolución rusa la crearon los judíos Marx y Engels; la pusieron en movimiento social Lenin, Zinoviev, Kamenev,

(1) El mismo Mathews presentó en 1958 a Castro Ruz como un abnegado libertador de Cuba.

Bronstein y otros israelitas; la solapó y ejecutó a medias el hebreo Kerensky; la ayudaron económicamente desde EE. UU. los magnates Kuhn Loeb, Félix Warburg, Otto Kahn, Mortimer Schiff y Olef Asxhberg, y la hicieron posible agitando a las masas proletarias un sinnúmero de comisarios israelitas, como judíos eran —simbólicamente— 10 de los 12 revolucionarios que ejecutaron a la familia real de los Romanof.

Uno de los modernos profetas del semitismo, Teodor Herzl, ya había advertido antes del triunfo de la revolución rusa: "Somos una

> nación, un pueblo... Cuando los judíos nos hundamos, seremos revolucionarios, seremos los suboficiales de los partidos revolucionarios. Al elevarnos nosotros subirá también el inmarcesible poder del dinero judío" ("Un Estado judío").

Son numerosísimas las huellas que los israelitas dejaron en la preparación y la consumación de la revolución rusa, pero por uno u otro motivo la 'difusión de estos hechos ha sido tan lenta y fragmentaria que generalmente suenan a inverosímiles o fantásticos cuando se les conoce en toda su magnitud.

Ni la universalmente reconocida seriedad de Henry Ford libró a esas revelaciones de las dudas que lógicamente producen:

> "Una Rusia Soviética hubiese sido sencillamente imposible —dice Henry Ford en El Judío Internacional—, a no ser que un 90% de los comisarios fueran judíos. Otro tanto hubiera ocurrido en Hungría, de no ser judío Bela-Khun ("El Príncipe Rojo") y con él 18 de sus 24 comisarios... El Soviet no es una institución rusa, sino judía".

Agrega que al triunfar la Revolución bolchevique, el nuevo régimen fue integrado preponderantemente con israelitas y cita el siguiente cuadro:

Dependencias	Funcionarios	Judíos	
Consejo de comisarios populares	22	17	77
Comisión de Guerra	43	33	77
Comisariado de Asuntos Exteriores	16	13	81
Comisariado de Hacienda	30	24	80
Comisariado de Gracia y Justicia	30	24	80
Comisariado de Instrucción Pública	53	42	79
Comisariado de Socorros Sociales	6	6	100
Comisarios de Provincias	23	21	91
Periodistas (Dirigentes)	41	41	I00

> "Cuando Rusia se hundió —afirma—, inmediatamente surgió el judío Kerensky. Como sus planes no fueron suficientemente radicales, le sucedió Trotsky. Actualmente, en Rusia (1920), en cada

comisario hay un judío. De sus escondrijos irrumpen los judíos rusos como un ejército bien organizado... Todos los banqueros judíos en Rusia permanecieron sin ser molestados, mientras que a los banqueros no judíos se les fusiló... El bolchevismo es anticapitalista sólo contra la propiedad no judía. Si el bolchevismo hubiese sido realmente anticapitalista, hubiera matado de un solo tiro al capitalismo judío. Pero no fue así... Sólo a los judíos se les pueden remitir víveres y auxilios de otros países, en Rusia".

El mismo autor hace una cita del Dr. Jorge A. Simons, sacerdote cristiano, que escribió: "Centenares de agitadores salidos de los barrios bajos del Este de Nueva York se encontraron en el séquito de Trotsky... A muchos nos sorprendió desde un principio el elemento marcadamente judío de aquél y se comprobó muy pronto que más de la mitad de todos esos agitadores del llamado movimiento sovietista eran judíos".

Asimismo cita a William Huntington, agregado comercial americano en Petrogrado durante la revolución, quien declaró que "en Rusia todo mundo sabe que tres cuartas partes de los jefes bolcheviques eran judíos".

Coincidiendo con todo lo anterior, el periódico ruso "Hacia Moscú", de septiembre de 1919, dijo: "No debe olvidarse que el pueblo judío, reprimido durante siglos por reyes y señores, representa genuinamente el proletariado, la internacional propiamente dicha, lo que no tiene patria".

Y Cohen escribía en "El Comunista", de abril de 1919: "Puede decirse sin exageración que la gran revuelta social rusa fue realizada sólo por manos judías. El símbolo del judaísmo, que durante siglos luchó contra el capitalismo, se ha convertido también en el símbolo del proletariado ruso, como resulta de la aceptación de la estrella roja de cinco puntas que como es sabido fue antiguamente el símbolo del sionismo y del judaísmo en general".

Desde un punto de observación muy distante, el investigador Schubart se refiere a este mismo asunto en los siguientes términos: (1) "También la nacionalidad de los jefes bolcheviques, entre los cuales hay un gran contingente de judíos, lituanos y grusinios, indica el carácter extraño, no ruso, de este movimiento. El marxismo no tiene más que una peculiaridad que encuentra afinidad de sentir en el ruso: es el meollo mesiánico de la doctrina. Lo sintió el alma eslava con fino olfato, y lo tomó por punto de partida... El occidental siente latir más fuerte su corazón al pasar revista a sus bienes; en el ruso está vivo el sentimiento de que las posesiones nos poseen a

(1) "Europa y el Alma del Oriente".—Por Walter Schubart.—Profesor de Sociología y Filosofía de la Universidad de Riga, Letonia.

nosotros, de que el poseer significa ser poseído, de que en medio de la riqueza se ahoga la libertad espiritual".

Schubart no es el único en considerar que en la idiosincrasia rusa había propicias coyunturas para que el marxismo teórico y utópico ganara adeptos que luego se convirtieran en instrumento para los organizadores judíos. Oswaldo Spengler apuntó en "Decadencia de Occidente": "El alma rusa, alma cuyo símbolo primario es la planicie

infinita, aspira a deshacerse y perderse, sierva anónima, en el mundo de los hermanos... La vida interior del ruso, mística, siente como pecado el pensamiento del dinero".

Otro filósofo, el Conde de Keyserling (1) coincide con los dos anteriores: "Los rusos son tan profundamente religiosos en el alma que incluso el materialismo, el ateísmo, la industrialización y el plan quinquenal les sirven de iconos".

Igualmente, el sacerdote jesuita norteamericano E. A. Walsh, que vivió en la URSS en 1923, opina en su libro "Imperio Total": "El mujik

ruso, cuando está impregnado de vodka, revela una sórdida grosería y una torpe animalidad sólo limitada por la capacidad física. Pero, terminada la orgía, llorará con su prójimo en fraterna comprensión, perdonará a los ladrones, cobijará a los asesinos con compasión y manifestará instantánea simpatía hacia todos sus compañeros de peregrinación en este valle de lágrimas, y al arar exclamará: 'Dios, ten piedad'."

Otto Skorzeny, que como oficial alemán conoció a los rusos durante cuatro años de lucha, da el testimonio de que "el soldado que fue a la

guerra por el materialismo dialéctico posee, en realidad, un idealismo religioso... Casi puede decirse que el ruso, en cuanto a alcanzar su objetivo ideal, es un enemigo de lo posible: necesita objetivos lejanos y fantásticos".(2)

Son innumerables los investigadores que habiendo estudiado la psicología del ruso coinciden en que bajo su dureza acorazada por el sufrimiento de siglos y que bajo su crueldad propia de los caracteres primitivos, late un vigoroso sentimiento místico. Y es precisamente en este sentimiento, espontáneo y de distinta índole que el pensamiento lógico, donde el marxismo israelita se injertó; donde el marxismo encontró un apoyo para erigirse en fuerza gigantesca.

El empuje indiscutible del bolchevismo surgió de dos factores: la fórmula alucinante y utópica de Marx y el sencillo misticismo de las almas rusas. Y fueron judíos quienes combinaron ambos factores como se combinan la glicerina y el ácido nítrico para obtener la dinamita.

El bolchevismo cundió luego con su propia dinámica y no requirió

(1) "Vida Intima".—Conde de Keyserling. (2) "El Soldado Ruso".—Otto Skorzeny.

razones para subsistir; incluso pudo hacerlo pese a las realidades que lo contradecían. Tal es el mecanismo de los movimientos sociales que llegan a erigirse en creencias místicas o seudomísticas.

Algo de esto señala Max Eastman al afirmar: "El comunismo es una doctrina que no puede ser científica, pues es exactamente lo contrario: religión".(I

Y algo muy semejante señala Gustavo Le Bon en "Ayer y Mañana":

"Las creencias de forma religiosa, como el socialismo, son inconmovibles porque los argumentos no hacen mella en una convicción mística... Todos los dogmas, los políticos sobre todo, se imponen generalmente por las esperanzas que hacen nacer y no por los razonamientos que invocan... La razón no ejerce influencia alguna sobre las fuerzas místicas".

Así se explica que pese a su procedencia extranjera, pues el marxismo no era ruso ni sus propagadores tampoco, grandes masas del pueblo lo hicieron entusiastamente suyo, por lo menos en la etapa inicial. Lo captaron por una de sus fases, por la fase mística de la reivindicación del indigente, y para esta espontánea adhesión no necesitaban ni investigar orígenes ni razonar sobre las bases científicas del movimiento.

Durante milenios el hombre ha anhelado barrer el abuso de los poderosos y disfrutar de justicia social. Al prometer la satisfacción de ese viejo anhelo, los creadores israelitas del comunismo lograron un formidable triunfo psicológico y político. Dentro de sus propias filas raciales la minoría judía de Rusia carecía de la fuerza del número, pero la conquistó entre las masas no semitas —e inclusive antisemitas— gracias a las promesas populares que el comunismo hacía. Y a fin de garantizar que esta poderosa arma política se mantuviera siempre dirigida por sus creadores, se le dio el dogma de la internacionalización, de tal manera que se cometía una herejía al querer servir al proletario sin la consigna emanada de Moscú, sede del marxismo-israelita.

Todo movimiento social que se atreviera a violar ese dogma era objeto de la más violenta hostilidad, no porque sirviera mejor o peor los intereses del proletariado, sino porque se sustraía al control de los creadores del marxismo.

Apenas afianzado el nuevo régimen en el Poder, una súbita lucha antirreligiosa comenzó a realizarse con extraordinaria eficacia. Como si fuera obra de factores no rusos, esa lucha era sistemática y carecía de la imprevisión y de la desorganización propias del ambiente moscovita. En su implacable eficacia se advertía el sello de una mano

(1) "La Rusia de Stalin".—Por Nfax Eastman, Profesor de Filosofía de la Universidad de Columbia.

extraña. "En la fachada del Ayuntamiento de Moscú, en vez de la imagen que se veneraba, se inscribió la frase de Lenin: La religión es el opio del pueblo".(I)

Frecuentemente se ha visto que un movimiento religioso, nutriéndose de su propia fe, se lance contra otro movimiento religioso y trate de proscribirlo. Religión contra religión es un fenómeno muchas veces presenciado en la historia. Pero que en un medio eminentemente religioso nazca un movimiento inflexiblemente ateísta, dirigido contra todas las religiones, es un fenómeno nuevo. ¿De dónde un movimiento político, que oficialmente se apoya en masas religiosas, extrae la inspiración y las energías necesarias para constituirse fanáticamente en un movimiento antirreligioso?

Ha sido también más o menos frecuente que por conveniencias políticas un régimen hostilice a una religión y se apoye en otras. Pero en Rusia, por primera vez con inconfundible claridad y con extraordinario celo, todas las religiones empezaron a ser perseguidas en cuanto triunfó el bolchevismo.

Lo que el cristianismo padeció en la época antirreligiosa del Imperio Romano tenía la explicación de que se trataba de una religión nueva sin muchos adeptos en la masa del pueblo. En cambio, en Rusia, los sentimientos religiosos eran ya populares cuando el bolchevismo comenzó a imperar. 929 años antes Rusia se había convertido al cristianismo. Que en un pueblo sin religión se combata una nueva religión, parece explicable; pero que en un pueblo religioso surja un régimen intransigentemente antirreligioso, es un fenómeno de orígenes extraños al pueblo mismo. Y tal fue lo que sucedió en Rusia.

El teniente coronel Carlos R. Berzunza dice en su resumen histórico: "Numerosas iglesias fueron convertidas en teatros. La revolución inició luego la lucha contra todas las religiones, por todos los medios... Se prohibió la enseñanza religiosa a menores de 18 años. La iglesia protestó. De 900 conventos fueron arrasados 722".

La resistencia de los fieles fue casi pulverizada y 29 obispos y 1,219 sacerdotes pagaron con su vida la oposición al régimen y fueron las primeras víctimas de una serie de ejecuciones bolcheviques que más tarde recibieron el nombre de "purgas". Para el 7 de noviembre de 1923 la primera ola de "purgas" había aniquilado a 6,000 profesores, 9,000 médicos, 54,000 oficiales, 260,000 soldados, 70,000 policías, 12,000 propietarios, 355,000 intelectuales, 193,290 obreros y 815,950 campesinos, en mayor o menor grado culpables de opo-

(1) "Resumen Histórico de Rusia".—Tte. Cordnel Ing. Carlos R. Berzunza, y Cap. 1º Bruno Galindo. Escuela Superior de Guerra.—México.

sición. Esta furia aparentemente ciega tenía por objeto aniquilar a la clase pensante y a los núcleos que podían inspirar y organizar la resistencia al nuevo régimen.

En cuanto a los orígenes antirreligiosos del bolchevismo son evidentes. Supuesto que no residían en las masas populares, ni tampoco en ninguna otra religión con predominio en Rusia, se hallaban exclusivamente entre los organizadores israelitas del movimiento revolucionario. El judío A. L. Patkin, miembro del primer consejo de Moscú bajo los rojos, en 1917, dice que "el marxismo es la concha, pero en su interior está la sociología judía". (1)

En general todos los instauradores del comunismo soviético seguían la sentencia de Marx: "El judaísmo es la muerte del cristianismo". (2)

Ciertamente la masonería también fue un factor en esa lucha antirreligiosa, pero en última instancia la masonería es sólo uno de los brazos del judaísmo. Este creó en Egipto las primeras células secretas en el siglo XV antes de nuestra era, cuando los judíos neeesitaron protegerse y ayudarse eficazmente bajo el dominio de los faraones. Siglos después esa sociedad se hizo extensiva a los no judíos, con objeto de aprovecharlos para los fines políticos israelitas, y se le dio un aspecto de fraternidad y liberalismo. Persistió, sin embargo, el ambiente de misterio bajo el cual había nacido la masonería, y todavía un enorme número de masones ignora hoy su vinculación con el movimiento político judío, a pesar de que son de origen hebreo todos los nombres de sus grados, sus símbolos y sus palabras de paso, como Jehová, Zabulón, Nekam Nekar, Adonai, etc. Esto puede comprobarlo cualquier "iniciado" que conozca a la vez la historia judía. (3)

Por eso es que desde el grado tercero la masonería se designa con símbolos judíos a Jesucristo, a la Iglesia y a los cristianos, corno la "ignorancia", el "fanatismo" y la "superstición", respectivamente (Jubelós, Jubelós, y Jubelum), y se plantea simbólicamente la lucha contra ellos.

Ya en 1860 el español Vicente de la Fuente había escrito en "His-

(1) "Los Orígenes del Movimiento Laboral Judío Ruso".—A. L. Patkin.

(2) "El Problema Judío", Karl Marx.—Por cierto que Marx recibió ayuda de los banqueros judíos Rothschild y dio forma a la teoría del comunismo, pero los principios seudocientíficos de éste ya eran manejados por el judaísmo desde muchos años antes. El poeta judío Enrique Heine, sobrino del banquero Salomón Heine, fue el primero en hablar de la "dictadura del proletariado" en 1842 (Lutetia) y dijo que el comunismo aparecería más tarde poderoso e intrépido. Lenin le levantó a Heine una estatua en Moscú, y alguien le levantó otra en Nueva York.

(3) Diccionario Enciclopédico Abreviado de la Masonería.—Por Lorenzo Frau Abrines, Maestro Masón, Grado 33.

El Misterio de la Masonería.—Cardenal José María Caro Rodríguez.—Chile.

toria de las Sociedades Secretas": "Esa sociedad proscrita en todas partes, y que en todas partes se halla sin patria, que en tal concepto desprecia las ideas de nacionalidad y patria, sustituyéndolas con un frío y escéptico cosmopolitismo, ésa tiene la clave de la francmasonería. El calendario, los ritos, los mitos, las denominaciones de varios objetos suyos, todos son tomados precisamente de esa sociedad proscrita: el judaísmo.

"La francmasonería en su principio es una institución peculiar de los judíos, hija del estado en que vivían, creada por ellos para reconocerse, apoyarse y entenderse sin ser sorprendidos en sus secretos, buscarse auxiliares poderosos en todos los países, atraer a sí a todos los descontentos políticos, proteger a todos los enemigos del cristianismo.

"Es público que todos los periódicos más revolucionarios e impíos de Europa están comprados por los judíos, o reciben subvenciones de ellos y de sus poderosos banqueros, los cuales a la vez son francmasones".

Este paralelismo del judaísmo político y de la masonería lo confiesa el propio israelita Trotsky en su biografía, al referirse a su encarcelamiento de 1898. "Hasta entonces —dice— no había tenido ocasión de consultar las obras fundamentales del marxismo. Los estudios sobre la masonería me dieron ocasión para contrastar y revisar mis ideas. No había descubierto nada nuevo". ("Mi Vida".—León Trotsky).

Todo lo anterior explica el carácter furiosamente antirreligioso de la época actual de la historia rusa. Una época categóricamente materialista y antirreligiosa, tal como la delineó Marx en su "Introducción a la Filosofía del Derecho, de Hegel", al afirmar que sólo existe la materia. Una época tal como la planeó Lenin al afirmar que "el socialismo, por medio de la ciencia, combate el humo de la religión".

En 37 diversas dependencias de las primeras fases del Estado Soviético figuraron 459 dirigentes de origen judío y 43 rusos, cuyos nombres y cargos aparecen especificados en el libro "La Gran Conspiración Judía", de Traian Romanescu.

ALEMANIA, META INMEDIATA DEL MARXISMO

En la segunda mitad del siglo pasado, mientras que en Rusia se abrían paso las doctrinas revolucionarias marxistas, el Imperio Alemán resurgía en 1871 forjado en la victoria de Sedán, bajo Guillermo 1. Este segundo Reich era la cúspide de fuerzas cuya inquietud brillaba precisamente entonces en diversas ramas del saber: Goethe en la literatura; Beethoven, Mozart y Wagner en la música; Kant y Schopenhauer en la filosofía; Von

Moltke en la milicia; Kirchhoff y Bunsen en la física y la química, y Nipkow en la mecánica.

Sin embargo, en el campo de la política el alemán no tenía nada nuevo bajo la férrea forma de su imperio, y esto hizo creer a los propulsores israelitas del marxismo que sería fácil asentar en Alemania la primera base de la "revolución mundial".

En efecto, Karl Marx (judío originalmente llamado Kissel Mordekay) y su compatriota Frederik Engels, quisieron que el marxismo se materializara en régimen político primero en Alemania y después en Rusia. En su "Manifiesto Comunista" de 1848, ambos israelitas especificaron: "A Alemania sobre todo es hacia donde se concentra la

atención de los comunistas, porque Alemania se encuentra en vísperas de una revolución burguesa y porque realizará esta revolución en condiciones más avanzadas de la civilización europea y con un proletariado infinitamente más desarrollado..."

Pero un año después de publicado el Manifiesto Comunista, el marxismo sufrió un golpe inesperado en Alemania. Su primer intento para apoderarse de las masas proletarias fracasó en junio de 1849. La disciplina y el nacionalismo inculcados por la milicia eran una barrera ante la revolución internacionalizada del marxismo. El general Helmuth von Moltke señalaba que ese "cólera moral" fascinaba a los demócratas y se extendía por toda Europa reclutando en sus filas "abogados, literatos y tenientes echados del servicio".

En 1864 Marx fundó la Primera Internacional para impulsar la agitación internacional, particularmente en Alemania y Rusia. El comunismo anhelaba el control de Alemania por sus capacidades industriales y guerreras y el de Rusia por sus vastos recursos naturales y humanos. Ya en 1776 el judío alemán Adan Weishaupt había creado la secta' masónica de los Iluminados de Baviera que con el señuelo de dar el dominio político mundial a los germanos pretendió utilizarlos para extender todos los principios que más tarde aprovechó Marx en sus teorías. Pero esta secta fue prohibida y no alcanzó sus metas en Alemania, aunque sí fue uno de los movimientos precursores de la Revolución Francesa. (1)

Más tarde, Lenin insistía en el sueño de Weishaupt y de Marx y

les decía a sus legionarios que la tarea inmediata era "unir el proletariado industrial de Alemania, Austria y Checoslovaquia con el proletariado de Rusia creando así una poderosa combinación industrial y agraria desde Vladibostock hasta el Rhin".

Y varios intentos se realizaron con este objeto. "Lenin dijo un día que si era preciso sacrificar la revolución rusa a la revolución alemana, que representaba muchas más probabilidades de buen

(1) Revolución Mundial.—Nesta H. Webster.

éxito, no dudaría en hacerlo. Las riquezas agrícolas de Rusia y las riquezas industriales de Alemania formarían una potencia gigantesca". (1)

El propio Lenin dijo también al general Alí Fuad Bajá, primer embajador turco en la URSS: "Si Alemania acepta la doctrina bolchevique me trasladaré inmediatamente de Moscú a Berlín. Los alemanes son gente de principios y permanecen fieles a las ideas una vez que han aceptado su verdad. Proporcionarán un medio mucho más favorable para la propagación de la revolución mundial que los rusos, cuya conversión exigirá mucho tiempo". (2)

Pero el arraigado patriotismo del alemán era un obstáculo para eso. Aun abrazando el marxismo, lo privaba de su sello internacionalista. John Plamenats refiere que Lasalle, judío fundador del Partido Socialista Alemán, no pudo llegar a proclamar abiertamente el comunismo. Sin embargo, la doctrina hacía progresos y Plamenats afirma que el

"Partido Democrático Socialista Aleman adoptó un programa completamente marxista en espíritu. Entre tanto, la industria alemana se desarrollaba rápidamente, y en poco tiempo este partido se convirtió en el más grande del Estado. Lenin creía que con ayuda de los trabajadores alemanes, los rusos podrían evitar los peligros que de otro modo se derivarían de una Revolución prematura". (3)

En vísperas de la primera guerra mundial el marxismo luchaba con igual denuedo en Rusia y en Alemania, si bien con distinta táctica. En Alemania había mejor información sobre los orígenes de las diversas tendencias políticas y esto impedía que muchos cayeran en redes hábilmente tendidas. El periodista Marr, el historiador Treitschke, el pastor Stoecker, el filósofo Duehring y el profesor Rohling llamaron frecuentemente la atención sobre la secreta influencia del judaísmo y habían gestionado con Bismarck que se le refrenara. Pero de todas maneras el Partido Democrático Socialista Alemán, con inspiración marxista, iba ganando terreno en los sindicatos.

Arios más tarde —a principios de 1913—, un joven descendiente de aldeanos, de 20 años de edad, que de peón había ascendido a acuarelista, reflexionaba en Munich que "la nación no era —según los marxistas— otra cosa que una invención de los capitalistas; la patria, un instrumento de la burguesía, destinado a explotar a la clase obrera; la autoridad de la ley, un medio de subyugar al proletariado; la escuela, una institución para educar esclavos y también amos; la religión, un recurso para idiotizar a la masa

(1) -Hitler Contra Stalin".—Víctor Serge, marxista.

(2) "Memorias".—Franz Von Papen.

(3) "El Marxismo y sus Apóstoles".—John Plamenats.

predestinada a la explotación; la moral, signo de estúpida resignación, etc. Nada había, pues, que no fuese arrojado en el lodo más inmundo".

Ese joven artesano, llamado Adolfo Hitler, era partidario del sindicalismo, pero no bajo la inspiración internacionalista de Marx, sino bajo el ideal nacionalista de Patria y de Raza. "Esta necesidad —la de los sindicatos y su lucha— tendrá que considerarse como justificada mientras entre los patrones existen hombres no sólo faltos de todo sentimiento para con los demás, sino carentes de comprensión hasta para los más elementales derechos humanos... El sindicalismo, en sí, no es sinónimo de 'antagonismo social'; es el marxismo quien ha hecho de él un instrumento para la lucha de clases... La huelga es un recurso que puede o que ha de emplearse mientras no exista un Estado racial, encargado de velar por la protección y el bienestar de todos, en lugar de fomentar la lucha entre los dos grandes grupos —patrones y obreros— y cuya consecuencia, en forma de la disminución de la producción, perjudica siempre los intereses de la comunidad".

Concebía entonces que en el futuro "dejarán de estrellarse los unos contra los otros —obreros y patrones— en la lucha de salarios y tarifas, que daña a ambos, y de común acuerdo arreglarán sus divergencias ante una instancia superior imbuída en la luminosa divisa del bien de la colectividad y del Estado... Es absurdo y falso afirmar —decía— que el movimiento sindicalista sea en sí contrario al interés patrio. Si la acción sindicalista tiende y logra el mejoramiento de las condiciones de vida de aquella clase y constituye una de las columnas fundamentales de la nación, obra no sólo como no enemiga de la patria o del Estado, sino nacionalmente en el más puro sentido de la palabra. Su razón de ser está, por tanto, totalmente fuera de duda".

Con la impetuosidad propia de su edad, y además de su carácter, Hitler trataba de persuadir a sus compañeros de que la defensa del proletariado no era la meta del marxismo, ya que si el proletariado llegaba a satisfacer sus propias necesidades, desaparecería como instrumento de lucha de quienes acaudillaban el marxismo.

Ahondando en esta hipótesis, llegó a un punto que habría de ser elemento básico en la génesis del nacionalsocialismo, sistema político que luego se divulgó con el apócope de "nazi". Por ese entonces —según posteriormente refirió— creía que los judíos nacidos en Alemania sólo se diferenciaban en la religión. "El que por eso se persiguiese a los judíos como creía yo, hacía que muchas veces mi desagrado frente a exclamaciones deprimentes para ellos subiese de punto... Tuve una lucha para rectificar mi criterio... Esta

fue sin duda la más trascendental de las transformaciones que experimenté entonces; ella me costó una intensa lucha interior entre la razón y el sentimiento. Se trataba de un gran movimiento que tendía a establecer claramente el carácter racial del judaísmo: el sionismo... Tropecé con él inesperadamente donde menos lo hubiera podido suponer; judíos eran los dirigentes del Partido Social Demócrata. Con esta revelación debió terminar en mí un proceso de larga lucha interior. Examiné casi todos los nombres de los dirigentes del Partido Social Demócrata; en su gran mayoría pertenecían al pueblo elegido; lo mismo si se trataba de representantes en el Reichstag que de los secretarios de las asociaciones sindicalistas, que de los presidentes de las organizaciones del Partido, que de los agitadores populares... Austerlitz, David, Adler, Allenbogen, etc.

"Un grave cargo más pesó sobre el judaísmo ante mis ojos cuando me di cuenta de sus manejos en la prensa, en el arte, en la literatura y el teatro. Comencé por estudiar detenidamente los nombres de todos los autores de inmundas producciones en el campo de la actividad artística en general. El resultado de ello fue una creciente animadversión de mi parte hacia los judíos. Era innegable el hecho de que las nueve décimas partes de la literatura sórdida, de la trivialidad en el arte y el disparate en el teatro, gravitaban en el debe de una raza que apenas si constituía una centésima parte de la población total del país.

"Ahora veía bajo otro aspecto la tendencia liberal de esa prensa. El tono moderado de sus réplicas o su silencio de tumba ante los ataques que se le dirigían debieron reflejárseme como un juego a la par hábil y villano. Sus críticas glorificantes de teatro estaban siempre destinadas al autor judío y jamás una apreciación negativa recaía sobre otro que no fuese un alemán. El sentido de todo era tan visiblemente lesivo al germanismo, que su propósito no podía ser sino deliberado".

PARENTESIS DE GUERRA

Tal fue, en síntesis, el proceso del nacimiento del nacionalsocialismo: frente al carácter internacionalista del marxismo, un categórico nacionalismo apoyado en las ideas de patria y de raza; frente al exclusivismo autoritario de la doctrina de Marx; un exclusivismo nacional —igual o mayor que aquél—; frente al origen político-israelita de la doctrina, un antisemitismo político. (I)

(1) Debe discernirse claramente que una cosa es la lucha política contra el movimiento político judío y otra muy distinta es la hostilidad injusta contra el pueblo judío en masa, sólo por ser judío.

Los gérmenes del nuevo movimiento se habían perfilado ya, pero tan sólo en la mente del oscuro acuarelista. El estallido de la guerra de 1914 lo sacó de sus disquisiciones. La víspera de que el conflicto armado se generalizara con la declaración inglesa de guerra contra Alemania, Adolfo Hitler se enroló como voluntario en el I 6o. regimiento bávaro de infantería, el 3 de agosto de 1914.

Luego combatió en el frente de Flandes y después en el Somme, donde fue ascendido a cabo y ganó la "Cruz de Hierro", que es el máximo orgullo del soldado alemán. El 7 de octubre de 1916 cayó herido y se le trasladó a un hospital cercano a Berlín. Según sus propias palabras, desde allí pudo darse cuenta de que el "frente férreo de los grises cascos de acero; frente inquebrantable, firme monumento de inmortalidad", no tenía igual solidez en la .retaguardia, donde el creciente marxismo socavaba el espíritu de resistencia.

Esa situación empezó a hacer crisis a principios de 1918 al estallar una huelga de municiones, que aunque prematura y fallida, causó un efecto desastroso en la moral. "¿Por qué el ejército seguía luchando si es que el pueblo mismo no quería la victoria? ¿A qué conducían entonces los enormes sacrificios y las privaciones? El soldado ,peleaba por la victoria y el país le oponía la huelga.(I)

"Las nuevas reservas arrojada.; al frente —añade— fracasaron completamente. ¡Venían de la retaguardia! ... El judío internacional Kurt Eisner comenzó a intrigar en Baviera contra Prusia. No obraba ni en lo más mínimo animado del propósito de servir intereses de Baviera, sino llanamente, como un ejecutor del judaísmo. Explotó los instintos y antipatías del pueblo bávaro para poder, por ese medio, desmoronar más fácilmente a Alemania".

Y así comenzó a repetirse en Alemania aquella agitación marxista que un año antes minó a Rusia. y la hizo capitular en la guerra internacional para sumirla en la revolución bolchevique. La base naval alemana de Kiel fue el escenario del primer levantamiento, tal como la base naval de Kronstadt había sido el del primer levantamiento formal de los soviéticos. "Así —dice la Enciclopedia Espasa— toda resistencia resultaba imposible, aunque de haberla podido prolongar unos días hubiera dado a Alemania la posibilidad de una paz mejor... En Baviera proclaman la república... Fórmanse consejos de obreros y soldados. Los soldados desarman a los oficiales y, si resisten, los matan... La bandera roja ondea en todos los arsenales alemanes... Alemania toma un aspecto bolchevique. El emperador abdica (día 9 de noviembre de 1918) quedando proclamada la república con un carácter francamente radical y pareciendo un remedo de la república rusa".

(1) "Mi Lucha".—Adolfo Hitler.

Entretanto, el cabo Hitler había vuelto al frente, había sido alcanzado por el gas británico "cruz amarilla" y casi ciego fue internado en el hospital Pasewalk, de Pomerania. "E! 10 de noviembre —refiere en 'Mi Lucha'— vino el pastor del hospital para dirigirnos algunas palabras... parecía temblar intensamente al comunicarnos que la Casa de los Hohenzollern había dejado de llevar la corona imperial... Pero cuando él siguió informándonos que nos habíamos visto obligados a dar término a la larga contienda, que nuestra patria, por haber perdido la guerra y estar ahora a merced del vencedor, quedaba expuesta en el futuro a graves humillaciones, entonces no pude más. Mis ojos se nublaron y a tientas regresé a la sala de enfermos, donde me dejé caer sobre mi lecho, ocultando mi confundida cabeza entre las almohadas.

"Desde el día en que me vi ante la tumba de mi madre, no había llorado jamás. Cuando en mi juventud el destino me golpeaba despiadadamente, mi espíritu se reconfortaba; cuando en los largos años de la guerra, la muerte arrebataba de mi lado a compañeros y camaradas queridos, habría parecido casi un pecado el sollozar. ¡Morían por Alemania! Y cuando finalmente, en los últimos días de la terrible contienda, el gas deslizándose imperceptiblemente, comenzara a corroer mis ojos, y yo, ante la horrible idea de perder para siempre la vista, estuviera a punto de desesperar, la voz de la conciencia clamó en mí: ¡Infeliz! ¿Llorar mientras miles de camaradas sufren cien veces más que tú? Y mudo soporté el destino.

"Pero ahora era diferente porque ¡todo sufrimiento material desaparecía ante la desgracia de la patria! Todo había sido, pues, inútil; en vano todos los sacrificios y todas las privaciones, inútiles los tormentos del hambre y de la sed, durante meses interminables; inútiles también todas aquellas horas en que entre las garras de la muerte, cumplíamos, a pesar de todo, nuestro deber; infructuoso, en fin, el sacrificio de dos millones de vidas. ¿Acaso habían muerto para eso los soldados de agosto y septiembre de 1914 y luego seguido su ejemplo en aquel otoño, los bravos regimientos de jóvenes voluntarios? ¿Acaso para eso cayeron en la tierra de Flandes aquellos muchachos de 17 años? ...

"Guillermo II había sido el primero que, como emperador alemán, tendiera la mano conciliadora a los dirigentes del marxismo sin darse cuenta de que los villanos no saben de honor; mientras en su diestra tenían la mano del Emperador, con la izquierda buscaban el puñal...

"¡Había decidido dedicarme a la política!"

Como consecuencia del tratado de paz, se privó a Alemania de

70,580 kilómetros cuadrados de territorio metropolitano, con 6.475,000 habitantes; además de 2.952,600 kilómetros cuadrados de colonias, y se le fijaron reparaciones por valor de 90,000 millones de marcos oro. Lo que había sido el II Reich quedó reducido a 472,000 kilómetros cuadrados (poco menos que la cuarta parte de México), con 68 millones de habitantes.

Aprovechando el malestar de la guerra perdida —tal como ocurrió en Rusia— el marxismo hizo un supremo esfuerzo en Alemania por establecer el Estado soviético. Los motines y los paros se utilizaron pródigamente para atemorizar y dominar, pero los revolucionarios tropezaron con una oposición nacionalista más poderosa y consciente que la habida en Rusia.

Los agitadores israelitas Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo lucharon frenéticamente estableciendo soviets en diversas poblaciones hasta que fueron muertos por un soldado. En Munich, el israelita Eisner proclamó en 1919 un régimen francamente soviético, pero después de cuatro semanas fue derrocado en sangrientas luchas callejeras. El ejército repudiaba al bolchevismo y como la gran masa del pueblo seguía queriendo y respetando al ejército, los marxistas tuvieron que limitar sus ambiciones. En Berlín fueron dominados después de que hubo más de mil muertos.

Friedrich Ebert, que en plena guerra había votado por la continuación de la huelga en las fábricas de municiones, logró escalar la Presidencia de la Nueva República y establecer un régimen que aunque todavía muy distante del radicalismo soviético, le seguía los pasos a prudente distancia. Toda la maquinaria oficial adquirió cierto matiz anticristiano y benevolente tolerancia hacia el marxismo, actitudes que hasta entonces no había adoptado ningún gobierno alemán.

En 1918 la nueva Constitución alemana fue "delineada por un jurisconsulto judío, Hugo Preuss", según dice el israelita Salomón Resnick, en "Cinco Ensayos Sobre Temas Judíos".

FACTOR SECRETO EN LA DERROTA ALEMANA

La revolución marxista soviética de 1917 y la revolución marxista alemana de 1918 tuvieron un mismo origen. Desde 1848 era público que Marx y Engels buscaban la conquista del proletariado germano; luego Lenin, Trotsky y otros israelitas proclamaron como meta la unificación e internacionalización de las masas rusa y alemana.

Al caer el Emperador Guillermo II, como cuando en Rusia cayó el zar, los israelitas aumentaron su influencia en Alemania: "Al terminar la guerra —dice Henry Ford— los gananciosos fueron los

judíos... En Alemania (1918) controlaron: Rosenfeld el Ministerio de Gracia y Justicia; Hirsch, Gobernación; Simón, Hacienda; Futran, Dirección de Enseñanza; Kastenberg, Dirección del Negociado de Letras y Artes; Wurm, Secretario de Alimentación; Dr. Hirsch y Dr. Stadhagen, Ministerio de Fomento; Cohen, Presidente del Consejo de Obreros y Soldados, cuyos colaboradores judíos eran Stern, Herz, Loswemberg, Frankel, Israelowitz, Laubeheim, Seligschen Katzenstein, Lauffenberg, Heimann, Schlesinger, Merz y Weyl. Nunca la influencia judía había sido mayor en Alemania, y se erigió mediante la ayuda del bolchevismo disfrazado de socialismo, del control de la prensa, de la industria y de la alimentación.

"Los judíos-alemanes Félix y Paul Warburg 'cooperaban en Estados Unidos, en el esfuerzo bélico contra Alemania. Su hermano Máximo Warburg alternaba, entretanto, con el gobierno alemán. Los hermanos se encontraron en París, en 1919, como representantes de "sus" respectivos gobiernos y como delegados de la paz...(1).—Mediante empréstitos, los judíos se infiltraron en las cortes, lo mismo en Rusia que en Alemania o Inglaterra. Su táctica recomienda ir derecho al cuartel general.

"Más coincidencias: Walter Rathenau, judío, era el único que poseía la comunicación telefónica directa con el Kaiser. En la Casa Blanca de Washington influían también varios judíos...

"Al Estado Judío Internacional que vive secretamente entre los demás Estados, le llaman en Alemania 'Pan-Judea'. Sus principales medios de dominación son capitalismo y prensa. La primera sede de 'Pan-Judea' fue París; luego pasó a Londres, antes de la Guerra, y ahora parece que se trasladará a Nueva York (1920). Como 'Pan Judea' dispone de las fuentes de información del mundo entero, puede ir preparando la opinión pública mundial para sus fines más inmediatos...

"El Berliner Tageblatt y la Munchener Neuste Nachrichten fueron durante la guerra órganos oficiosos del gobierno alemán, y sin embargo, defendían decididamente los intereses judíos. La 'Frankfurter Zeitung', de la que dependen muchos otros diarios, es genuinamente judía".

(1) Stephen Wise (israelita) dice en "Años de Lucha-, que como re-presentante de la judería norteamericana a la conferencia de paz de Ver-salles fueron el juez Julián Mack, Louis Marshall, el coronel Harry Cutler, Jacobo de Haas, el rabino B. L. Levinthal. Joseph Banrondes Nachman, Syrkin, Leopoldo Benedict, Bernard Richards y el propio Stephen Wise.

Y en la delegación alemana a la misma conferencia de Versalles figuraban los israelitas Rathenau, Wassermann, Mendelson. Bartoldy, Max Warburg, Oscar Oppenheimer y Deutsch.

Muy distante del fabricante norteamericano de automóviles que hacía estas observaciones, el general Ludendorff, estratega alemán, "no se explicaba la derrota de 1918 y presintió que allí actuaban fuerzas ocultas que no encajaban en los cálculos del Estado Mayor". Después de hacer estudios e investigaciones en este sentido, afirmó que las fuerzas responsables de la derrota de Alemania constituían el poderío secreto del mundo, formado por judíos y masones. Con base en diversos documentos aseguró que éstos habían estorbado la producción de guerra y fomentado la desmoralización en la retaguardia. En su testamento recomendaba a los alemanes un esfuerzo supremo, económico, militar y psicológico, a fin de sacudir la influencia del poderío secreto del mundo. ("La Guerra Total").

Entretanto, con el uniforme de cabo, Adolfo Hitler ya no pensaba en la arquitectura —que fue su ambición anterior a la guerra—sino en la política. Le había impresionado sobremanera el triunfo total del marxismo en Rusia y los progresos arrolladores que hacía en Alemania. Lenin anunciaba que las dos primeras etapas del movimiento se habían cumplido ya, dentro de Rusia, y las siguientes se desarrollarían hacia el exterior mediante el apoyo de la dictadura erigida en la URSS. Polonia, inmediatamente, y Alemania después, eran los objetivos más cercanos.

Hitler argumentaba que las derrotas militares no habían sido la causa de la capitulación, porque eran mucho menores a los triunfos alcanzados. Tampoco creía que la economía fuera la culpable de la rendición, pues el esfuerzo bélico de cuatro años se apoyó más en factores espirituales de heroísmo y organización que en bases económicas. Y concluía que todo se había comenzado a minar ya desde años atrás y que la capitulación de 1918 era sólo el primer efecto visible de esa lenta corrosión interior.

Sin duda algo flotaba en el ambiente y era percibido por todos. Lo que Henry Ford denunciaba desde Norteamérica como hegemonía israelita, el general Ludendorff lo identificaba entre sus documentos de Estado Mayor como "poderío secreto del mundo", y un cabo desconocido lo refería así desde s'u punto de vista de hombre de la masa del pueblo:

> "¿No fue la prensa —decía— la que en constantes agresiones minaba los fundamentos de la autoridad estatal hasta el punto de que bastó un simple golpe para derrumbarlo todo? Finalmente, ¿no fue esa misma prensa la que desacreditó al ejército mediante una crítica sistemática, saboteando el servicio militar obligatorio e instigando a negar créditos para el ramo de guerra?
>
> "Karl Marx fue, entre millones, realmente el único que ccn su visión de profeta descubriera en el fango de una humanidad paulatinamente envilecida, los elementos esenciales del veneno

social, y supo reunirlos cual un genio de la magia negra, en una solución concentrada para poder destruir así con mayor celeridad, la vida independiente de las naciones soberanas del orbe. Y todo esto, al servicio de su propia raza...

"Adquiriendo acciones entra el judío en la industria; gracias a la Bolsa crece su poder en el terreno económico... Tiene en la francmasonería, que cayó completamente en sus manos, un magnífico instrumento para cohonestar y lograr la realización de sus fines. Los círculos oficiales, del mismo modo que las esferas superiores de la burguesía política y económica, se dejan coger insensiblemente en el garlito judío por medio de los lazos masónicos... Junto a la francmasonería está la prensa como una segunda arma al servicio del judaísmo. Con rara perseverancia y suma habilidad sabe el judío apoderarse de la prensa, mediante cuya ayuda comienza paulatinamente a cercenar y a sofisticar, a manejar y a mover el conjunto de la vida pública...

"Políticamente —añadía Hitler— el judío acaba por substituir la idea de la democracia por la de la dictadura del proletariado. El ejemplo más terrible en ese orden lo ofrece Rusia, donde el judío, con un salvajismo realmente fanático, hizo perecer de hambre o bajo torturas feroces a treinta millones de personas, con el solo fin de asegurar de este modo a una caterva de judíos, literatos y bandidos de Bolsa, la hegemonía sobre todo un pueblo".

Y el hecho de que el triunfo marxista no fuera tan definitivo en Alemania, se lo explicaba así en 1920: "El pueblo alemán no estaba todavía maduro para ser arrastrado al sangriento fango bolchevique, como ocurrió con el pueblo ruso. En buena parte se debía esto a la homogeneidad racial existente en Alemania entre la clase intelectual y la clase obrera; además, a la sistemática penetración de las vastas capas del pueblo con elementos de cultura, fenómeno que encuentra paralelo sólo en los otros Estados occidentales de Europa y que en Rusia es totalmente desconocido. Allí, la clase intelectual estaba constituida, en su mayoría, por elementos de nacionalidad extraña al pueblo ruso o por lo menos de raza no eslava. Tan pronto como en Rusia fue posible movilizar la masa ignara y analfabeta en contra de la escasa capa intelectual que no guardaba contacto alguno con aquélla, estuvo echada la suerte de este país y ganada la revolución.

"El analfabeto ruso quedó con ello convertido en el esclavo indefenso de sus dictadores judíos, los cuales eran lo suficientemente perspicaces para hacer que su férula llevase el sello de la dictadura del pueblo...

"La bolchevización de Alemania, esto es, el exterminio de la clase pensante nacionalracista, logrando con ello la posibilidad

de someter al yugo internacional de la finanza judía las fuentes de producción alemana, no es más que el preludio de la propagación de la tendencia judía de conquista mundial.

"Como tantas veces en la historia, Alemania constituye también en este caso el punto central de una lucha gigantesca. Si nuestro pueblo y nuestro Estado sucumben bajo la presión de esos tiranos, ávidos de sangre y de dinero, el orbe entero será presa de sus tentáculos de pulpo; mas si Alemania alcanza a librarse de este atenazamiento, podrá decirse que para todo el mundo quedó anulado uno de los mayores peligros".

CAPITULO II

Hitler Hacia el Oriente
(1919 - 1936)

Cambio de Rumbo para Alemania. El Primer Partido Anticomunista.
Bautizo de Fuego del Nacionalsocialismo.
Djugashvili, el Hombre de Acero.
Hitler y Stalin Cara a Cara.
El Comunismo es derrotado en España.

CAMBIO DE RUMBO PARA ALEMANIA

Apoyándose en la agitación y en la predisposición mística de las masas rusas, en 1919 el marxismo ya había logrado derrocar el imperio de los zares y apoyándose en los obreros alemanes socialdemócratas y en el malestar provocado por la guerra ya había conseguido abatir la Casa Imperial de los Hohenzollern. Su plan de conquista —llamada por los propios marxistas revolución mundial— se había anotado dos triunfos importantes.

El cabo Hitler comenzó entonces a proclamar en improvisados mitines que Alemania debería zanjar definitivamente sus querellas con Inglaterra y Francia (es decir, con el Mundo Occidental), y encaminar todo su esfuerzo a aniquilar al comunismo. Veía en esta dictadura el peligro peor y más auténtico contra Alemania y Europa entera.

Así nació el pensamiento básico que determinó la doctrina política de Hitler, primero, y luego de Alemania toda. Hitler consideró al pueblo ruso un conglomerado de razas ignaras dominadas por la fuerza de un núcleo marxista-judío y convertidas en un instrumento para el dominio de otros pueblos. Y consideró que Alemania debería luchar contra la URSS en defensa propia. El crecimiento del Reich a costa del suelo soviético sería la compensación material de esa lucha.

El mismo año de 1919 llegó a creer que tal política contaría con el apoyo de las naciones occidentales, también amenazadas por la

"revolución mundial" que anunciaban Lenin y loe demás exegetas del marxismo. Desde entonces comenzaron, pues, a delimitarse los campos de la nueva contienda. Hitler y sus partidarios se declaraban categóricamente enemigos del movimiento político judío representado en el Oriente por el marxismo, y a la vez se declaraban enemigos de las masas soviéticas, a las que consideraban ya como instrumento de aquel movimiento, carentes de voluntad y destino propios.

Es curioso observar que en 1886 Nietzsche había previsto en "Más Allá del Bien y del Mal"; "Alemania está indigesta de hebreos...

> Los hebreos son sin disputa la raza más tenaz y genuina que vive en Europa. Saben abrirse paso en las peores condiciones, quizá mejor que en las condiciones favorables... Un pensador que medite sobre el porvenir de Europa deberá contar con los hebreos y con los rusos como los factores más probables y seguros en la gran lucha".

Y ambos factores, que iban a probar su eficacia en "la gran lucha", fueron precisamente los dos enemigos que desde 1919 escogió Adolfo Hitler. Ya en 1912, siendo entonces acuarelista, consideraba que el problema del crecimiento de Alemania no debía resolverse restringiendo la natalidad, como lo proclamaba el médico israelita Magnus Hirschfeld; la colonización interior era sólo un calmante; y en cuanto a la colonización ultramarina, la juzgaba inconveniente porque daría lugar a choques con el Imperio Británico. Esto se hallaba en pugna con su idea básica de marchar contra la URSS y no contra Occidente.

> "En consecuencia —decía—, la única posibilidad hacia la realización de una sana política territorial reside para Alemania en la adquisición de nuevas tierras en el Continente mismo... Y si esa adquisición quería hacerse en Europa, no podía ser en resumen sino a costa de Rusia. Por cierto que para una política de esa tendencia, había en Europa un solo aliado posible: Inglaterra". (1)

Posteriormente, al escribir la segunda parte de "Mi Lucha", Hitler entró en más pormenores respecto a su idea de frustrar la absorción marxista de Rusia y de que el crecimiento de Alemania se hiciera a costa de las vastas extensiones territoriales soviéticas.

> "La pretensión —añadía— de restablecer las fronteras de 1914 constituye una insensatez política de proporciones y consecuencias tales, que la revelan como un crimen.
>
> "No debe olvidarse jamás que el judío internacional, soberano absoluto de la Rusia de hoy, no ve en Alemania un aliado posible, sino un Estado predestinado a la misma suerte política. Alemania constituye para el bolchevismo el gran objetivo de su

(1) "Mi Lucha-.—Adolfo Hitler.

lucha. Se requiere todo el valor de una idea nueva, encarnando una misión, para arrancar una vez más a nuestro pueblo de la estrangulación de esta serpiente internacional...

"Confieso francamente que ya en la época de la anteguerra, me habría parecido más conveniente que Alemania, renunciando a su insensata política colonial y, consiguientemente, al incremento de su flota mercante y de guerra, hubiese pactado con Inglaterra en contra de Rusia y pasado así de su trivial política cosmopolita, a una política europea resuelta, de tendencia territorial en el continente".

EL PRIMER PARTIDO ANTICOMUNISTA

El ejército alemán —reducido a cien mil hombres por el Tratado de Versalles- veía con creciente inquietud cómo proliferaba el marxismo. Aunque los militares no podían actuar en política, algunos jefes se esforzaban cuando menos por mantenerse al tanto de los planes de las organizaciones izquierdistas. Era natural que para ellos, que como soldados se habían formado en el culto de la Patria, de la bandera y de la propia nacionalidad, resultaran particularmente repugnantes las doctrinas izquierdistas que consideraban la Patria como un mito y la internacionalización del proletariado como la muerte del ideal nacionalista. Tan era así que muchos militares fueron como voluntarios en 1919 a combatir a los bolcheviques en Letonia y Lituania, hasta que las potencias aliadas hicieron presión sobre Alemania para que prohibiera esas actividades. Nadie se explicó entonces esa medida que favorecía al comunismo soviético.

El cabo Adolfo Hitler fue comisionado en enero de 1919 para observar •las actividades de algunos nacientes "consejos de soldados", similares a los soviets de Rusia. Con el mismo fin visitó la asamblea del naciente Partido Obrero Alemán. Fue ése un instante pleno de futuro.

Propiamente el partido no existía más que en la mente de sus proyectistas Harrer y Antonio Drexler. Una escasa y heterogénea concurrencia escuchaba planes. Entre los oradores figuraba un profesor que abogaba por la desmembración de Alemania, de acuerdo con las ideas que había propalado el israelita Kurt Eisner, consistente en que Baviera debería desligarse de Prusia.

Olvidando su papel de neutro observador, Hitler pidió la palabra. Fue tan violento su discurso que el profesor abandonó la sala. Terminada la sesión, Hitler averiguó más detalles acerca del naciente partido. No había nada: "Ni un volante de propaganda; se carecía de tarjetas de identificación para los miembros del partido; por último, hasta de un pobre sello. En realidad, sólo se contaba con fe y buena voluntad. Desde aquel momento —escribió Hitler

desapareció para mí todo motivo de hilaridad y tomé las cosas en serio".

Aunque desde el 10 de noviembre de 1918, cuando decidió dedicarse a la política, Hitler alentaba la idea de formar un partido y decía que era más fácil forjar algo nuevo que rectificar lo existente, accedió a ingresar al Partido Obrero Alemán como miembro número siete.

De acuerdo con sus seis compañeros procedió luego a redactar invitaciones en máquina, para buscar nuevos adeptos.

"Recuerdo todavía cómo yo mismo en aquel primer tiempo, distribuí un día personalmente, en las respectivas casas, ochenta de esas invitaciones, y recuerdo también cómo esperamos aquella noche la presencia de las masas populares que debían venir. Pero las masas no llegaron y la sesión se efectuó con los siete miembros de costumbre".

Mediante un aviso en el "Munchener Beobachter", más tarde lograron reunir 111 personas en el "Hofvrauhaus Keller", de Munich. Los partidarios aumentaban con exasperante len-i itud. Entretanto, los organizadores se reunían en una cervecería a cambiar impresiones. Harrer era partidario de proceder con suma cautela y de que ciertos principios no fueran proclamados públicamente, sino difundidos en secreto, a fin de evitar inminentes represalias. Hitler se opuso rotundamente a esta política. "Todo hombre que está enterado de una cosa —decía—, que se da cuenta de un peligro latente, y que ve la posibilidad de remediarlo, tiene necesariamente la obligación de asumir en público una actitud franca en contra del mal, en lugar de concretarse a obrar silenciosamente".

Su punto de vista se impuso al siguiente año, en 1920; Harrer renunció como presidente y lo substituyó Drexler, y Hitler asumió el cargo de secretario de propaganda. Organizó luego el primer mitin, si bien con grandes temores de que resultara un fracaso. Poco antes de la hora fijada "mi corazón saltaba de alegría, pues el enorme local se hallaba materialmente repleto de gente en un número mayor a 2,000 personas".

Entre los asistentes había numerosos comunistas que al principio siseaban a los oradores: "Media hora después —dice Hitler refiriéndose a su propio discurso—, los aplausos comenzaron a imponerse a los gritos y exclamaciones airadas y, finalmente, cuando exponía los 22 puntos de nuestro programa, me hallaba frente a una sala atestada de individuos unidos por una nueva convicción, por una nueva fe y por una nueva voluntad. Quedó encendido el fuego cuyas llamas forjarán un día la espada que devuelva la libertad al Sigfrido germánico y restaure la vida de la nación alemana".

Sin embargo, aquellos pequeños éxitos no trascendían. Ni siquiera la prensa de la localidad se ocupaba de ellos, o bien lo hacía en forma desairada. "Daba mucho qué pensar —agregaba Hitler— el hecho de que frente al poderío de la prensa judía, no existiese ningún periódico nacionalista de importancia efectiva". En consecuencia, su siguiente meta fue hacerse de un periódico; en diciembre de ese año logró que el partido adquiriera el "Voelkischer Beobachter", e introdujo la reforma de que el diario procurara su propio financiamiento, en vez de pretender sostenerse con cuotas de los prosélitos.

Hitler mismo creó la bandera del movimiento nazi. El rojo significaba la idea social; el blanco, la idea nacionalista; y la swástica, "la misión de luchar por la victoria del hombre ario y por el triunfo de la idea del trabajo productivo, idea que es y será siempre antisemita".

Asimismo creó las "tropas de orden" para repeler en los mitines las perturbaciones de los izquierdistas y esas tropas se convirtieron más tarde en "sección de asalto". Mediante estos progresos fue posible celebrar el 3 de febrero de 1921, en el Circo Krone, el más grande de los mitines nacionalistas, con 6,500 asistentes. En el verano de 1922 logró reunir en Munich 60,000 personas, aunque muchas de ellas no pertenecían al partido.

Ese año organizó el primer desfile en Coburgo, donde los jefes israelitas, resentidos por los ataques, hicieron un llamado a los "camaradas del proletariado Internacional" para frustrar la marcha.

Rápidamente Hitler iba erigiéndose en el principal inspirador y director del partido y logró que éste proclamara todos sus principios políticos, que en síntesis eran los siguientes:

1 o.—No existe más que una doctrina política: la de nacionalidad y patria. Tenemos que asegurar la existencia y el incremento de nuestra raza y de nuestro pueblo, para que nuestro pueblo cumpla la misión que el Supremo Creador le tiene reservada.

2o.—E1 Estado es el recipiente; el pueblo es el contenido. El Estado tiene su razón de ser sólo cuando abarca y protege ol contenido. El Estado no es un fin en sí mismo.

3o.—E1 parlamentarismo democrático no tiende a constituir una asamblea de sabios, sino a reclutar más bien una multitud de nulidades intelectuales, tanto más fáciles de manejar cuanto mayor sea la limitación mental de cada uno de ellos. Sólo así puede hacerse política partidista en el sentido malo de la expresión.

En oposición a este parlamentarismo democrático está la ge-

nuina democracia germánica de la libre elección del Fuehrer, que se obliga a asumir toda la responsabilidad de sus actos.

La democracia del mundo occidental de hoy es la precursora del marxismo, el cual sería inconcebible sin ella. Es la democracia la que en primer término proporciona a esta peste mundial el campo de nutrición de donde la epidemia se propaga después.

En el parlamentarismo no hay ningún responsable. La idea de responsabilidad presupone la idea de la personalidad.

4o.—El fuerte es más fuerte cuando está solo. Una ideología que irrumpe tiene que ser intolerante y no podrá reducirse a jugar el rol de un simple partido junto a otro. El Cristianismo no se redujo sólo a levantar su altar, sino que obligadamente tuvo que proceder a la destrucción de los altares paganos.

El futuro de un movimiento depende del fanatismo, si se quiere de la intolerancia con que sus adeptos sostengan su causa y la impongan frente a otros movimientos de índole semejante.

5o.—Pueblos de la misma sangre corresponden a una patria común. El derecho humano priva sobre el derecho político.

Quien no está dispuesto a luchar por su existencia o no se siente capaz de ello es que ya está predestinado a desaparecer, y esto por la justicia eterna de la Providencia.

El mundo no se ha hecho para los pueblos cobardes.

6o.—Pueden coartarse las libertades siempre que el ciudadano reconozca en estas medidas un medio hacia la grandeza nacional.

7o.—El obrero de Alemania debe ser incorporado al seno del pueblo alemán.

La misión de nuestro movimiento en este orden consiste en n'arrancar al obrero alemán de la utopía del internacionalismo, libertarle de su miseria social y redimirle del triste medio cultural en que vive.

El sistema nacionalsocialista (nazi) practica el socialismo como un instrumento de justicia social, pero no como un instrumento de influencia judía. Al privarlo de esta venenosa característica, automáticamente se convierte en enemigo del falso socialismo internacional.

80.—La exaltación de un grupo social no se logra por el descenso del nivel de los superiores, sino por el ascenso de los inferio-

res. El obrero atenta contra la patria al hacer demandas exageradas; del mismo modo, no atenta menos contra la comunidad el patrón que por medios inhumanos y de explotación egoísta abusa de las fuerzas nacionales de trabajo, llenándose de millones a costa del sudor del obrero.

9o.—Nuestro movimiento está obligado a defender por todos los medios el respeto a la personalidad. La personalidad es irreemplazable.

Las minorías hacen la historia del mundo, toda vez que ellas encarnan, en su minoría numérica, una mayoría de voluntad y de entereza.
No es la masa quien inventa, ni es la mayoría la que organiza y piensa; siempre es el individuo, es la personalidad, la que por doquier se revela. Deberán colocarse cabezas por encima de las masas y hacer que éstas se subordinen a aquéllas.
La ideología nacionalsocialista tiene que diferenciarse fundamentalmente de la del marxismo en el hecho de reconocer la significación de la personalidad.

10o.—Establecer mejores condiciones para nuestro desarrollo. Anulación de los depravados incorregibles.
En el teatro y en el film, mediante literatura obscena y prensa inmunda, se vacía en el pueblo día por día veneno a borbotones.
Y sin embargo, se sorprenden los estratos burgueses de la "falta de moral" como si de esa prensa inmunda, de esos films disparatados y de otros factores semejantes, surgiese para el ciudadano el concepto de la grandeza patria. El problema de la nacionalización de un pueblo consiste, en primer término, en crear sanas condiciones sociales.

I I o.—Supresión de la influencia extranjera en le. tensa.
Aquello que denominamos "opinión pública" se basa sólo mínimamente en la experiencia personal del individuo y en sus conocimientos; y depende casi en su totalidad de la idea que el individuo se hace de las cosas a través de la llamada "información pública", persistente y tenaz.

I 2o.—La misión educadora no consiste sólo en insuflar el conocimiento del saber humano. En primer término deben formarse hombres físicamente sanos. En segundo plano está el desarrollo de las facultades mentales, y en lugar preferente, la educación del carácter, y sobre todo, el fomento de la fuerza de voluntad y de decisión, habituando al alumno a asumir gus+o-

so la responsabilidad de sus actos. Como corolario viene la instrucción científica. Las ciencias exactas están amenazadas de descender cada vez más a un plano de exclusivo materialismo; la orientación idealista deberá ser mantenida a manera de contrapeso.

I 3o.—Así como la instrucción es obligatoria, la conservación del bienestar físico debe serlo también.

El entrenamiento corporal tiene que inculcar en el individuo la convicción de su superioridad física. El ejercicio físico no es cuestión personal de cada uno. No existe la libertad de pecar a costa de la prole.

Basta analizar el contenido de los programas de nuestros cines, variedades y teatros para llegar a la irrefutable conclusión de que no son precisamente alimento espiritual que conviene a la juventud. Nuestra vida de relación tiene que ser liberada del perfume estupefaciente, así como del pudor fingido, indigno del hombre.

14o.—El Estado debe cuidar que sólo los individuos sanos tengan descendencia. Debe inculcar que existe un oprobio único: engendrar estando enfermo.

No debe darse a cualquier degenerado la posibilidad de multiplicarse, lo cual supone imponer a su descendencia y a los contemporáneos de éstos indecibles penalidades.

15o.—Los hombres no deberán preocuparse más de la selección de perros, caballos y gatos, que de levantar el nivel racial del hombre mismo.

I 6o.—EI matrimonio deberá hacerse posible a una más temprana edad y han de crearse los medios económicos necesarios para que una numerosa prole no se reciba como una desventura.

17o.—EI Partido permitirá al niño más pobre la pretensión de elevarse a las más altas funciones si tiene talento para ello. Nadie debe tener automáticamente derecho a un ascenso. Nadie debe poder decir: "ahora me toca a mí". Precedencia al talento. No hay otra regla.

I 80.—La mezcla de sangre extraña es nociva a la nacionalidad. Su

primer resultado desfavorable se manifiesta en el superind:vidualismo de muchos.

I 9o.—Los partidos políticos nada tienen que ver con las cuestiones religiosas mientras éstas no socaven la moral de la raza; del mismo modo, es impropio inmiscuir la religión en manejos de política partidista.
Las doctrinas e instituciones religiosas de un pueblo debe respetarlas el Fuehrer político como inviolables: de lo contrario, debe renunciar a ser político y convertirse en reformador, si es que para ello tiene capacidad.

20o.—Quien ama a su patria prueba ese amor sólo mediante el sacrificio que por ella está dispuesto a hacer. Un patriotismo que no aspira sirio al beneficio personal, no es patriotismo. Los hurras nada prueban.
Solamente puede uno sentirse orgulloso de su pueblo cuando ya no tenga que avergonzarse de ninguna de las clases sociales que lo forman. Pero cuando una mitad de él vive en condiciones miserables e incluso se ha depravado, el cuadro es tan triste que no hay razón para sentir orgullo.
Las fuerzas que crean o que sostienen un Estado son el espíritu y la voluntad de sacrificio del individuo en pro de la colectividad. Que estas virtudes nada tienen de común con la economía, fluye de la sencilla consideración de que el hombre jamás va hasta el sacrificio por esta última, es decir, que no se muere por negocio, pero sí por ideales.

21o.—Luchar contra la orientación perniciosa en el arte y en la literatura.

22o.—Es cuestión de principio que el hombre no vive pendiente únicamente del goce de bienes materiales.
Es posible que el oro se haya convertido hoy en el soberano exclusivo de la vida, pero no cabe duda de que un día el hombre volverá a conciliarse ante dioses superiores. Y es posible también que muchas cosas del presente deban su existencia a la sed de dinero y de fortuna, mas es evidente que muy poco de todo esto representa valores cuya no existencia podría hacer más pobre a la humanidad.

Estos eran los principios básicos del movimiento "nazi" por lo que

se refería a la política interior de Alemania. En cuanto a la política exterior, la idea fundamental era combatir el marxismo entronizado en Rusia y obtener territorios soviéticos para el crecimiento de Alemania. Por tanto, ésta ya no buscaría más su expansión en ultramar ni interferiría la política colonial de Inglaterra y Francia.

En otras palabras, Hitler buscaba zanjar las viejas querellas con el Mundo Occidental y marchar hacia el Oriente.

Mientras tanto, el marxismo crecía con aspiraciones de dominio universal y se vigorizaba mediante sus instrumentos de lucha de clases e internacionalización del proletariado. Consecuentemente, en todo el mundo iban surgiendo partidos comunistas con ramificaciones de la central de Moscú. En franca oposición con este sistema, el nacional-socialismo alemán no era ni podía ser una doctrina de exportación. Al enfatizar categóricamente los valores de patria, nacionalidad y raza, se circunscribía a sus propias fronteras raciales. Si un estadista extranjero quería emular esa doctrina en otro país (como ocurrió en España) tendría automáticamente que buscar contenidos y formas propias, ya que la esencia del sistema "nazi" residía en la afirmación y acentuación de la patria y de la raza. Era ésta su mística y su fuerza dinámica. No internacionalización, sino nacionalización; no una lucha para imponer mundialmente un régimen, sino una lucha para impedir que el marxismo se impusiera mundialmente.

El movimiento de Hitler utilizaba la palabra "socialismo" en su antiguo significado de buscar el bien común —y para desconcertar al poderoso movimiento comunista de Alemania—, pero no tenía ningún contenido esencial del socialismo marxista. Por el contrario, el nazismo combatía los tres dogmas básicos del socialismo de Marx, que son: supresión de la propiedad privada, ateísmo oficial y control internacional Comunista.

Naturalmente, en esa forma el nacionalsocialismo desvirtuaba la característica internacional del bolchevismo y privaba de influencia mundial al núcleo israelita de la URSS. Los revolucionarios judíos sintieron que tal cosa era frustrarles su invención y furiosamente insistieron en la internacionalización del proletariado. Sin esa condición su movimiento político no alcanzaría las metas anheladas, ya que para los fines políticos hebreos nada significaba que las masas proletarias de cada nación lograran beneficios, si entretanto se sustraían a su control. De esa manera no podían ser aprovechadas para los objetos ulteriores de la llamada "revolución mundial".

Así las cosas, el marxismo comenzó a extenderse por todo el mundo,

ya que el dominio del orbe era la meta de su acción, en tanto que el nacionalsocialismo se circunscribió a una lucha dentro de Alemania. Su acción hacia el exterior sólo se orientaba en contra de Moscú, que era la sede del movimiento iudío-marxista universal.

Entretanto, el movimiento comunista internacional hizo un nuevo esfuerzo para estrechar los vínculos entre alemanes y soviéticos. El Ministro de Relaciones Exteriores de Alemania, Walter Rathenau, judío, concertó con los jefes israelitas de Moscú el llamado Tratado de Rapallo, que era un paso más en el sueño de los israelitas Marx, Engels y Lenin para integrar una poderosa organización marxista con las masas agrícolas de Rusia y los contingentes obreros y técnicos de la industrializada Alemania. Mediante el Tratado de Rapallo fueron enviados ochocientos peritos militares e industriales alemanes a vigorizar la maquinaria soviética, modernizando el Ejército Rojo y creando nuevas industrias. Diarios controlados o influídos por el supercapitalismo hebreo, como el acreditado "Berliner Tangeblatt" o el "Frankfurter Zeitung" propiciaban esa ayuda a la dictadura comunista de la URSS. Pero poco después el primer ministro Rathenau fue muerto a tiros por nacionalistas alemanes y quedó de manifiesto que la política procomunista no podía dar pasos firmes en Alemania.

Allí se veía cabalmente el peligro del marxismo y los influyentes generales Ludendorff y Hoffman se habían puesto desde 1923 en contacto con el mariscal Foch, de Francia, con miras a forjar una alianza occidental contra esa amenaza. Foch se mostraba bien dispuesto, pero surgieron muchos obstáculos diplomáticos, tanto en Inglaterra como en Francia, el general Hoffman murió en forma extraña y la alianza no llegó a formalizarse.

En esa agitada situación Hitler trataba de sacar adelante su Partido, que afrontaba enormes dificultades. La derecha conservadora veía con desconfianza la inclinación del nacionalsocialismo por los desheredados, en tanto que los revolucionarios izquierdistas lo combatían furiosamente. En realidad el partido de Hitler era una nueva dirección que ni marchaba con las injusticias de los conservadores ni comulgaba con la tendencia internacional del marxismo israelita.

Ante las dificultades de esa lucha nueva, Hitler argumentaba que no es tarea del teorizante allanarle el camino a una idea, sino procurar la exactitud de ésta. En la segunda etapa corresponde al ejecutor práctico vencer las dificultades.

BAUTIZO DE FUEGO DEL NACIONALSOCIALISMO

Hitler mismo se encargó de esa segunda etapa. Tras de darle a su partido —como teorizante— la estructura ideológica, lo lanzó a la calle y a los mitines y lo encabezó en la lucha para ganar prosélitos. Pronto tuvo que

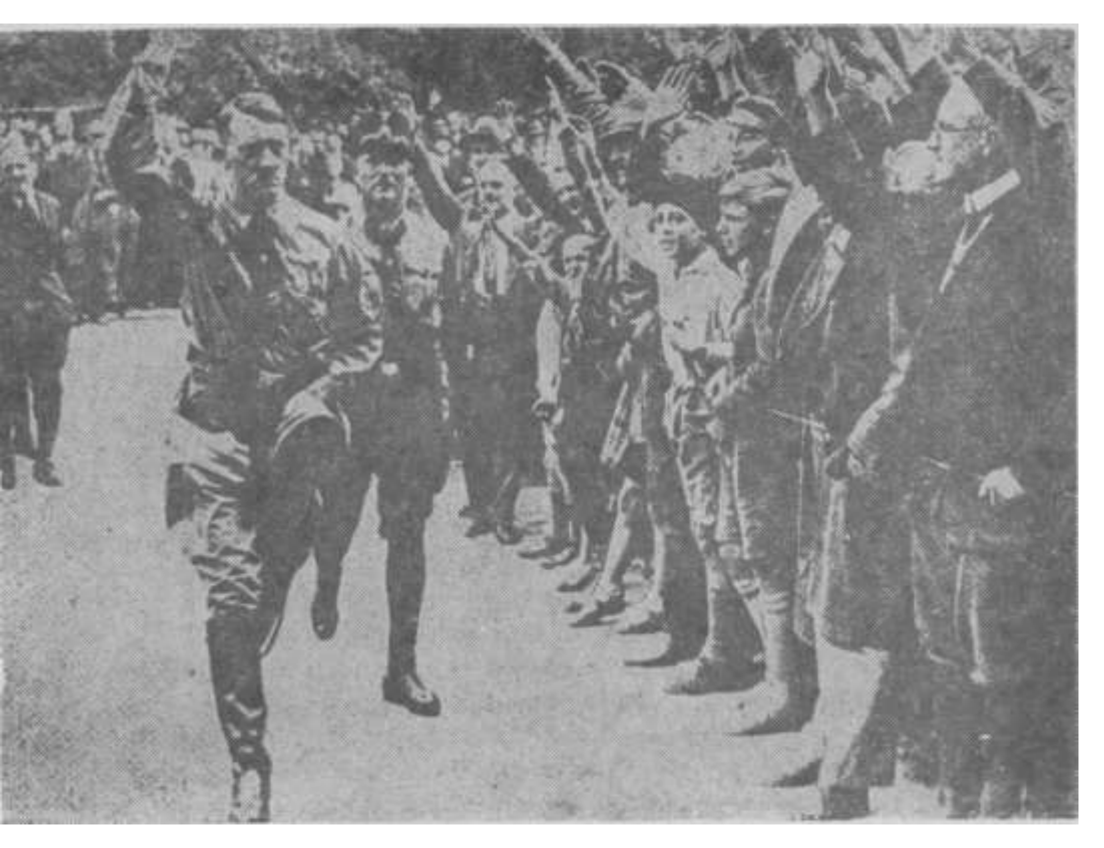
hacer frente a una escisión provocada por judíos que indirectamente suscitaron una pugna entre católicos y protestantes. Apenas superada esa crisis se encontró ante la dificultad de que "era difícil —decía—refutar entre las masas obreras la doctrina de Marx, por la curiosa circunstancia de que los fundamentos mismos eran desconocidos para las masas, cuya adhesión al marxismo era más un movimiento utópico e irreflexivo que una convicción política. Entre cien mil obreros alemanes no hay, por término medio, cien que conozcan la obra de Marx, obra que desde un principio fue estudiada mil veces más por los intelectuales y ante todo por los judíos que por los verdaderos adeptos del marxismo situados en las vastas esferas inferiores del pueblo; ya que tampoco esta obra fue escrita para las masas, sino exclusivamente para los dirigentes intelectuales de la máquina judía de conquista mundial".

Pero además de esas dificultades, el tropiezo más grave del Partido Obrero Alemán ocurrió el 9 de noviembre de 1923 cuando Hitler —alegando que en su vocabulario no existían las frases "no es posible", "no debemos aventurarnos", "es todavía muy peligroso"—organizó, en Munich un movimiento revolucionario a fin de asumir el poder. En pocas horas fracasó, hubo varios muertos y Hitler y sus principales colaboradores quedaron detenidos en la prisión de Landsberg. Allí permaneció un año y ocho días, tiempo que aprovechó para escribir "Mi Lucha".

"Mis trece meses de prisión —escribió posteriormente Hitler—me habían parecido largos, con mayor razón porque creía que estaría allí seis años. Me sentía poseído de un frenesí de libertad., Pero sin mi época de cárcel, "Mein Kampf" no hubiera sido escrito. Aquello me dio la posibilidad de profundizar en conocimientos... También en la cárcel adquirí esta fe impávida, este optimismo, esta confianza en nuestro destino, que en adelante nada podría quebrantar".

El Partido Obrero Alemán permaneció disuelto todo ese tiempo y cuando Hitler recuperó la libertad inició la tarea de resucitarlo y reorganizarlo. Detrás de su visible fracaso, sin embargo, contribuyó imponderablemente a trastornar los planes del movimiento marxista alemán, que en ese entonces era el más poderoso de Europa Occidental y superior al soviet en diversos aspectos de organización. Muchos esperaban que en ese año el comunismo diera el golpe decisivo y que Alemania se convirtiera en otro estado bolchevique, como lo había previsto Lenin.

Pero los comunistas no sintieron que el camino estuviera libre y titubearon. El líder marxista Víctor Serge dice que en 1923 la crisis inflacionista situó a Alemania al borde de la revolución, "pero la



justicia social, pero con bandera, tradiciones y fronteras propias, sin un amo internacional, sin una consigna venida del extranjero. Es decir nacionalsocialismo. Al oponerse a la 'nternacionalización marxista. Hitler se convierte automáticamente en el peor enemigo del marxismo. Aquí aparece en uno de los primeros actos públicos de su partido.

clase obrera estaba dividida y no actuó; los socialdemócratas retrocedieron ante la oportunidad de asaltar el poder". (Su libro "Hitler contra Stalin").

Era evidente que la desintegración moral de Alemania no se había obtenido en grado suficiente (en parte debido al nacionalismo alentado por Hitler) y los jefes del marxismo siguieron el consejo de Lenin: "La más juiciosa estrategia en la guerra es posponer las operaciones hasta que la desintegración moral del enemigo haga posible y fácil asestar el golpe mortal".

El resultado fue que el comunismo alemán perdió entonces su meior oportunidad y el nacionalsocialismo comenzó a resurgir con más bríos.

En ese mismo año de 1923 las altas esferas políticas del Kremlin sufrieron una conmoción. El líder bolchevique judío Vladimir Ulianov (conocido mundialmente como Lenin) enfermó de parálisis y se sus-

citó una crisis en el poder. El judío Bronstein (Trotsky), creador del Ejército Rojo y precursor de la revolución, comenzó a perder influencia y acabó por ser lanzado al exilio; pero no se trataba de una persecución antisemita, como en el extranjero pudiera creerse, sino simplemente de una división interna.

Muchos años antes Trotsky había militado temporalmente con los mencheviques, partidarios de los mismos principios marxistas que los bolcheviques, pero inclinados a frenar el movimiento para no exponerlo a una prueba prematura. Al enfermar Lenin, la solapada división volvió a recrudecerse; Trotsky y los suyos fueron desplazados y entonces se erigieron como amos de Rusia, Stalin y los judíos Kamenev, Radek y Zinoviev.

DJUGASHVILI, EL HOMBRE DE ACERO

Cuando Adolfo Hitler, de 35 años de edad, quedaba libre en 1924 e iniciaba la reorganización de su partido nacionalista, José Vissarionovich David Nijeradse Chizhdov Djugashvili, de 45 años, llevaba meses de ser dictador absoluto de la URSS. Había adoptado el apelativo de Stalin, que en ruso significa "acero".

Stalin —aue había sido empeñosamente preparado en política marxista por el profesor judío Noah Jordania— acababa de dar a conocer su "plan de operaciones básico" en la más alta institución educacional del bolchevismo, la "Tverskaia", y ese plan consistía en utilizar como palanca la dictadura soviética para ir implantando el marxismo en todos los países. El proletariado de cada uno de éstos sería el punto de apoyo. (1)

Poco después ratificó este plan al publicar su libro "Problemas del Leninismo", en el que precisa así la tercera etapa del bolchevismo:

> "consolidar la dictadura del proletariado en un país (Rusia), empleándolo como medio auxiliar para derribar el imperialismo en todos los demás. La revolución sobrepasa las fronteras de una sola nación, iniciándose la época de la revolución mundial. Fuerza principal activa de la revolución: dictadura del proletariado en un país y movimiento revolucionario del proletariado en todos los demás".

Es decir, una vez más quedaba de manifiesto que el marxismo era una doctrina política con ambición mundial; su ámbito no era la URSS, sino el mundo entero. Y los primeros pasos comenzaron a darse desde luego.

La provincia de Georgia —de donde era originario Stalin— había rechazado violentamente el bolchevismo en I 9 I 7 y ante el reconoci-

(1) "A Puertas Cerradas".—Almirante Ellis M. Zacharias, del Servicio Secreto Norteamericano.

miento de todo el mundo se declaró independiente; su tradicional civilización cristiana chocaba profundamente con el marxismo. Sin embargo, su libertad duró poco porque Stalin no tardó en someterla por la fuerza y anexarla a la Unión de Repúblicas Soviéticas.

En poco más de una década (hasta 1936) la URSS invadió y se anexó diez países: Armenia, Adserbeiyan, Georgia, Ucrania, Rusia Blanca, íurkmenia, Uzbekia, Tadzhikia, Kazajia y Kirguizia, con más de 30 millones de habitantes y cuatro millones de kilómetros cuadrados. Eran países de diversas razas, religiones y costumbres. Todos fueron privados de sus instituciones y sometidos al marxismo en nombre de la Revolución Mundial.

No hubo entonces ningún movimiento internacional que se opusiera a ese atropello. Las grandes democracias occidentales y la gran prensa apenas hicieron aisladas menciones de lo ocurrido.

La expansión bolchevique barrió con tantas fronteras que todavía en 1935 se editaban en la URSS libros de primera enseñanza en 165 idiomas y dialectos diferentes, según reveló el embajador norteamericano en Moscú William C. Bullit, en "La Amenaza Mundial". El terrorismo fue común denominador para la sarcástica dominación de pueblos a nombre de la "dictadura del proletariado". Pero el proletariado ciertamente nada tenía que ver con la extraña mezcla de gobernantes y comisarios rusos y judíos.

Aunque durante muchos años fue entusiasta partidario de la URSS, Mr. Bullit dio luego un valioso testimonio del terror soviético y refirió: "Para colectivizar la agricultura, Stalin barrió con los pequeños propietarios. Si protestaban —y millones lo hicieron— se les fusilaba o se les condenaba a trabajos forzados en Siberia. La primera consecuencia de este ataque en el frente agrícola fue el hambre".

Sobre el mismo punto el líder Víctor Serge hizo notar que si el ministro Molotov había manifestado en "Pravdá" del 28 de enero de 1935 que 5.500,000 pequeños propietarios agrícolas sufrieron expropiación de tierras y fueron deportados a Siberia, la cifra real debía de ser muy superior. Y como testigo presencial de los hechos añadía que en las granjas colectivas había hambre y descontento.

La promesa de repartir tierras, que líderes bolcheviques utilizaron para atraer masas, se esfumó al implantarse la "dictadura del proletariado". Igual suerte corrió la promesa de tratar a los delincuentes

como enfermos sociales "susceptibles de regeneración". Por el contrario, el castigo se extendió a los parientes de los reos políticos y a los vecinos (I) y en esta forma se creó automáticamente la más vasta red de espionaje y delatores que país ninguno había soñado tener. El que no denunciaba a un vecino sospechoso de conspirar o de ser un oposicionista, se hacía culpable de los mismos delitos.

El 7 de abril de 1935 se extendió la pena capital a los jóvenes de 12 ah-os y la deportación de los parientes de quienes eludieran el servicio militar o escaparan al extranjero. Pedro González Blanco explica en "Tigrocracia Staliniana" cómo se esfumó la promesa marxista de igualdad de clases: "Un policía ganaba dos o tres veces más que un obrero. El máximo jornal soviético, según "Pravda" del 26 de diciembre de 1935, era, para los obreros, de 145 rublos y mucho menos para los campesinos. El kilo de pan valía 5 rublos; el de mantequilla, 20; el de carne de buey, 12; un par de zapatos, 70; un vestido ínfimo, 255. El obrero común no pasaba de ganar 100 rublos mensuales ni el adelantado 145. Altos jefes del partido, hasta 5,000 rublos mensuales".

González Blanco cita a Walter Citrine, secretario general de "Trades Unions", que a su regreso de Rusia escribió en Londres: "No hay la menor duda de que reina un régimen de opresión. Los obreros no tienen libertad para poder hablar, como en Inglaterra. No pueden luchar contra el Estado, contra el Sindicato, contra el comité de fábrica o la célula comunista".

La famosa "dictadura del proletariado" era sólo una fórmula propagandística para encubrir la dictadura extraña impuesta al proletariado ruso. El comunismo teórico había hablado de redención del proletariado para atraer a las masas, pero una vez controladas éstas, el comunismo práctico resultaba ser algo muy distinto. Era, en suma, un imperialismo dirigido y apuntalado por los jefes y los comisarios judíos de la URSS.

El expresidente mexicano general Abelardo Rodríguez escribió en "Impresiones de mi Viaje a Rusia" que vio cómo se explota al obrero más que en ningún otro país pagándole sólo una quinta parte del valor de su trabajo, pese alas gigantescas riquezas naturales del territorio ruso. Una minoría de funcionarios, policías y comisarios sí vive lujosamente. "Según datos obtenidos en Moscú de personas bien documentadas —anotó el general Rodríguez en 1938— el número de miembros del Partido Comunista después de las purgas se redujo a un millón setecientos mil o sea exactamente el uno por ciento de los habitantes de la URSS. De éstos, setecientos mil son judíos,

(1) "La Rusia de Stalin".—Max Eastman, Profesor de Filosofía en la Universidad de Columbia.

a quienes atribuyen mis informantes todas las actividades administrativas, muy particularmente los planes de gobierno y los ramos de finanzas e industrias".

Esa preponderancia hebrea explica también que estuviera prohibida la enseñanza religiosa a menores de 18 años, en la seguridad de que a esa edad las nuevas generaciones ya habían sido suficientemente predispuestas en la escuela para no asimilar la religión de sus padres. Según refiere González Blanco, un Manual Antirreligioso para los obreros circuló profusamente en las fábricas; la obra Educación Antirreligiosa fue libro de texto en las escuelas; Quince años de Ateísmo Militante en la URSS fue diseminado en todos los sectores, y en 1925 se fundó la asociación "Sin Dios", particularmente para niños y jóvenes. Además, un nuevo himno fue oficial en las escuelas:

"La estrella de Belén
ya se ha extinguido.
Mas entre nosotros brilla eterna
la estrella de cinco puntas.(1)

La cruz y los iconos, todas estas antiguallas
las hemos arrojado a la basura,
porque todos estos trebejos
ensombrecen nuestra ruta.
Los Sin Dios abatieron
toda esa credulidad putrefacta".

El marxismo considera que la educación es un "arma" y como tal la utiliza desde la cuna hasta el sepulcro. El niño empieza a ser adoctrinado a los dos años de edad en las Casas-Cuna, llamadas por Lenin "la célula germinal de la sociedad comunista". En funciones de títeres se ve a un ciego "Iban" que es oprimido y explotado, pero luego recobra la vista y destruye a sus opresores: la burguesía y la Iglesia.

Lo más grave de este sistema de vida era que no se trataba precisamente de un organismo nacional con fronteras claramente establecidas, sino de un movimiento marxista con aspiraciones universales enfáticamente expresadas en su fórmula de "revolución mundial", mil veces ratificadas por Lenin, Stalin y todos los exegetas del marxismo israelita.

"Pravda" del 15 de noviembre de 1921 decía: (2) "En estos cuatro dios transcurridos queda demostrado que no puede haber paz entre

(1) Símbolo judío. (Cada punta representa un dominio: el político, el económico, el del proletariado, el de la prensa y el de Palestina. Una sexta punta simboliza el dominio absoluto mundial).